

FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES

SEDE ECUADOR

DEPARTAMENTO DE DESARROLLO, AMBIENTE Y TERRITORIO

CONVOCATORIA 2012-2014

**TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE MAESTRÍA EN ESTUDIOS
SOCIOAMBIENTALES**

**“LA ASOCIACIÓN DE RESERVAS CAMPESINAS DE LA LAGUNA DE LA
COCHA, UNA EXPERIENCIA ALTERNATIVA AL DESARROLLO CON
IMPLICACIONES SOCIOAMBIENTALES Y DE GÉNERO”**

MARÍA JIMENA GALEANO MARTÍNEZ

ENERO DE 2015

FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES

SEDE ECUADOR

DEPARTAMENTO DE DESARROLLO, AMBIENTE Y TERRITORIO

CONVOCATORIA 2012-2014

**TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE MAESTRÍA EN ESTUDIOS
SOCIOAMBIENTALES**

**“LA ASOCIACIÓN DE RESERVAS CAMPESINAS DE LA LAGUNA DE LA
COCHA, UNA EXPERIENCIA ALTERNATIVA AL DESARROLLO CON
IMPLICACIONES SOCIOAMBIENTALES Y DE GÉNERO”**

MARÍA JIMENA GALEANO MARTÍNEZ

ASESORA DE TESIS: ANITA KRAINER

LECTORES: IVETTE VALLEJO Y EDUARDO BEDOYA

ENERO DE 2015

DEDICATORIA

A la luz de mis ojos
que es la luz
de los ojos de todos Ustedes.

AGRADECIMIENTOS

A mi familia y a mis amigos del alma, por estar ahí (donde quiera que sea).

A la ADC y Asoyarcocha por abrirme sus puertas y permitirme aprender de ellos.

A Conchita, Edmundo, Esteban, Jaime, Roberto, Esperanza, Patricia, Gloria y a todas las familias que me acogieron con tanta generosidad.

A Mafe por su amor, paciencia y buena compañía.

A Gloria por su Amistad

ÍNDICE

Contenido	Páginas
RESUMEN	7
INTRODUCCIÓN	9
CAPÍTULO I	12
MARCO TEÓRICO Y ESTRATEGIA METODOLÓGICA	12
Políticas globales vs. desarrollo local	13
La organización campesina, alternativa y respuesta local al modelo de desarrollo....	19
Participación social con enfoque de género	26
Estrategia Metodológica:	32
Selección del universo de estudio	33
Corte Temporal	34
Trabajo de campo	35
CAPÍTULO II	38
CONTEXTO	38
Contexto histórico	38
Contexto ambiental	43
CAPÍTULO III	50
ANÁLISIS DE LA INFORMACIÓN: DESARROLLO, CAMPESINADO Y GÉNERO	50
Las decisiones del Estado y sus consecuencias en la población campesina	50
Organización social campesina, una alternativa local al desarrollo global	65
Género y relevo generacional	72
CONCLUSIONES	85
BIBLIOGRAFÍA	95
ANEXOS	99
Códigos de entrevistas	99

LISTADO DE FIGURAS

Figura 1. V.g. Laguna de la Cocha o lago Guamués, municipio de Pasto, departamento de Nariño, Colombia (Fuente: Google maps 2014).....	44
Figura 2 V.g. Mapa de reservas naturales en la Laguna de la Cocha (Fuente: ADC, 2004).....	69

LISTADO DE TABLAS

Tabla 1 Categorías de Análisis y técnicas de levantamiento de información	37
Tabla 2 Códigos de entrevistas	99

RESUMEN

La laguna de La Cocha hace parte del complejo de humedales altoandinos de mayor importancia de la región. Se ubica en el corregimiento de El Encano, cerca de la capital de departamento de Nariño, al sur de Colombia. Las principales actividades económicas realizadas aquí han sido la extracción de madera, producción de carbón vegetal, monocultivo de mora, cebolla, papa y flores, manejo de ganado de leche y cuyes (ADC: s/r). Nariño tiene una vocación evidentemente agrícola y ganadera.

Desde tiempos de la colonia, las comunidades andinas de esta región, se dedicaron a la explotación forestal para la extracción de carbón vegetal como alternativa productiva, misma que hasta la década de los setenta se realizaba de manera artesanal. Las familias combinaban la producción de carbón con cultivos de subsistencia, huerta casera o chagra, la práctica de la minga¹ (también conocida como mano cambiada), el uso de abonos naturales y la cría de animales para el consumo familiar (Revelo, 2007).

La transformación socioeconómica vivida en el departamento debido al incremento de las políticas neoliberales para la producción a ultranza del campo, generó un choque en las racionalidades de los campesinos, quienes afrontaron con mayor frontalidad la pobreza, la exclusión y de inequidad social. En consecuencia, se transformó la relación de los campesinos con su espacio, se disminuyó el banco familiar de semillas, se modificó el paisaje del humedal y se incrementó la pobreza medida en términos de crecimiento económico (Revelo, 2007).

A mediados de los 80, las mujeres campesinas conformaron la Cooperativa Multiactiva Yarcocha LTDA. Con la participación de 25 asociados que pusieron en marcha pequeños proyectos productivos que aportaron al ingreso de las familias; la cual posteriormente se constituyó como Asoyarcocha (Revelo, 2007).

La presente investigación aborda desde la ecología política dichos contrastes racionales a la luz de las transformaciones en la relación con el entorno natural de las familias campesinas, al mismo tiempo analiza desde los enfoques de género, como hombres y mujeres se han organizado a lo largo de tres generaciones para establecer y sostener una alternativa de vida donde se reconocen como parte de la naturaleza.

¹ Dinámica de trabajo tradicional de la cultura andina, basada en el trabajo cooperativo y solidario entre vecinos, familiares y amigos.

En este caso, las mujeres iniciaron un proceso de gestión comunitaria, para la búsqueda de alternativas económicas que permitieran su permanencia en el territorio, sin su deterioro, y el mejoramiento de sus condiciones de vida. Actualmente este movimiento social campesino reúne a más de 50 familias campesinas que, de la mano de la Asociación para el Desarrollo Campesino, ha logrado permanecer en medio de las constantes tensiones sociales y económicas propias de la vigencia del modelo de desarrollo neoliberal en Colombia.

De esta forma, se analiza cómo la participación comunitaria ha gestado la toma de decisiones que permiten la valoración de la laguna como un espacio de vida que debe ser conservado para las futuras generaciones. Las prácticas, ideologías y las representaciones llevadas a cabo en el lugar apuntan a la recuperación y a un diálogo de saberes que desde, lo organizativo, ha permeado esferas políticas, jurídicas y de concienciación ambiental.

Con esta investigación se espera conocer las fortalezas de la experiencia a la luz de las presiones existentes, tanto dentro como fuera de la organización, para generar conocimiento social y ambiental que aporte a su fortalecimiento y al análisis de los movimientos campesinos en un momento coyuntural para dicha población.

INTRODUCCIÓN

La siguiente investigación sigue la línea de las ciencias socioambientales para dilucidar las circunstancias que llevaron a una comunidad campesina andina del sur de Colombia a enfrentar situaciones de exclusión, desigualdad y pobreza mediante la conformación de una organización de primer nivel con la que les fue posible acceder a estrategias de financiación y capacitación para la implementación de iniciativas productivas, las cuales además de aportar a la solución de problemáticas económicas básicas, fortalecerían los lazos vecinales y comunitarios, la equidad de género, el crecimiento de la organización comunitaria y su permanente transformación en el tiempo; así como a la recuperación de un ecosistema estratégico como lo es un humedal de alta montaña.

La Asociación de Reservas Campesinas de la laguna de La Cocha (Asoyarcocha) fue fundada en 1980 como una Cooperativa Multiactiva que integraba 25 asociados campesinos y campesinas habitantes de las veredas que circundan el segundo humedal altoandino más extenso de Colombia. Actualmente esta organización reúne a más de 50 familias alrededor de 3000 ha. de bosque de niebla en una cuenca hidrográfica estratégica en la provisión de bienes y servicios ambientales fundamentales para esta región.

Previo al surgimiento de la organización, los campesinos enfrentaban una difícil situación socioeconómica y ambiental debido a la dependencia de la explotación del bosque para la extracción de madera y posterior producción de carbón vegetal como actividad productiva medianamente efectiva. Práctica que se realizaba en condiciones precarias y que además exigía la participación de todos los miembros de la familia, incluyendo niños y mujeres.

Esta brecha social se agrandaría gracias a las decisiones políticas tomadas en Colombia en línea con la implementación de un modelo de desarrollo liberal y neoliberal, las cuales favorecerían a incrementar la tensión entre el bienestar de los campesinos y el desarrollo del campo enfocado a una mayor productividad.

Por un lado, los campesinos andinos cuyo vínculo con la tierra iría de la mano con la concepción de la familia como eje central de toda dinámica de vida, donde la apuesta central está en el autoconsumo (mediante la huerta, el policultivo y el ganado de levante) y en la productividad en escala doméstica.

Por otro lado, la entrada en vigor de políticas como la Revolución Verde que incentivaba el crecimiento productivo rural mediante la expansión de los monocultivos, la ganadería y el uso de paquetes tecnológicos agroquímicos, entre otros. De esta forma, la lógica productiva y relacional de las comunidades rurales en esta zona del país tuvo alteraciones sociales y ambientales muy importantes.

Así, es posible que aspectos como la relación con la tierra, la productividad económica, los vínculos familiares y el papel de hombres y mujeres en el grupo familiar y comunitario, pasaron de una escala doméstica y familiar, a una lógica más amplia y compleja, cuya transición representó rupturas y desigualdades asumidas en la vida diaria de las familias campesinas, quienes enfrentaron además las consecuencias ambientales de dicha transición.

Es decir, que la irrupción del campesinado en dicha lógica productiva representó una transformación en su tradición económica y también en su relación con la tierra cuyo impacto es evidente no sólo en la vulnerabilidad del campesinado frente a las decisiones hegemónicas, sino también en su relación con el territorio, la familia, los roles de género y el medio ambiente.

Lo anterior conformaría un primer momento puntual en torno a este proceso socioambiental donde las tensiones socioeconómicas y ambientales dieron pie a la conformación de una organización social que puede configurarse como una alternativa al modelo de desarrollo vigente.

Desde este primer momento, la variable género ha sido un eje fundamental en la conformación y carácter de la organización. A partir del ejercicio diferenciado de género, los campesinos y campesinas de Asoyarchocha, han generado las relaciones sociales y comunitarias que hoy son el pilar de la organización, y que a lo largo de tres generaciones ha sido transformadas, aceptadas, negociadas o rechazadas.

De esta forma seguir la pista de la variable de género desde la experiencia de Asoyarchocha brindaría pistas sobre la forma como los campesinos y campesinas están asumiendo sus roles de género, y cómo estas vivencias hacen parte de la estructura que soporta el surgimiento de movimientos sociales de resistencia.

Entrada la década de los noventa, la participación activa de los hijos de los fundadores en el proceso organizativo marcaría un segundo momento puntual en las transformaciones clave de esta comunidad de campesinos y campesinas. Con la declaración de los predios como Reservas Naturales Privadas, la organización no sólo se enfocaría en los aspectos productivos sino también incluiría valores de conservación, de reconocimiento ancestral y de retorno a la tierra vista como un espacio de vida.

Por tanto, este segundo momento ofrece un espacio clave para el análisis de los aportes de la nueva generación en la puesta en marcha de esta alternativa al desarrollo donde las esferas económicas, familiares y de género son validadas o resignificadas por la participación activa de los hijos de los fundadores de Asoyarcocha.

Actualmente este proceso cuenta con una tercera generación, es decir, un tercer momento que también representa un enclave de información importante a la hora de estudiar las organizaciones sociales de base y su aporte en la conformación de alternativas al desarrollo.

Hoy, los nietos de los fundadores han crecido bajo valores y experiencias familiares que los han estructurado. La voz de esta generación es fundamental para un análisis que contribuya a la continuidad del proceso socioambiental protagonizado por Asoyarcocha.

De esta manera, analizar las transformaciones sociales y ambientales experimentadas por tres generaciones (desde 1980 hasta 2013) de campesinos asociados a Asoyarcocha, permitiría conocer cuáles fueron las circunstancias que los llevaron a organizarse en torno al bienestar colectivo y cómo las relaciones de género han sido fundamentales para su permanencia y transformación a lo largo del tiempo.

CAPÍTULO I

MARCO TEÓRICO Y ESTRATEGIA METODOLÓGICA

El marco discursivo para la presente investigación será la ecología política en tanto campo teórico práctico que contribuye a la configuración de la complejidad socio ambiental contemporánea y en la construcción de un futuro más sostenible (Leff, 2003).

Desde este enfoque se indagará la visión política que los actores investigados tienen de la naturaleza, de su relación entre seres humanos y de la forma como se establecen las relaciones de poder en torno al uso, significación y acceso a los recursos de la naturaleza (Leff, 2003).

Esta confrontación de visiones, entre tomadores de decisión y campesinos, permitirá hacer evidente los distintos conflictos socioambientales que llevaron a las comunidades campesinas de la laguna de La Cocha, en el departamento colombiano de Nariño, a organizarse y a establecer un colectivo social de base que ha contribuido a una importante transformación en el manejo, uso y significación de este humedal.

En este sentido y bajo la perspectiva del posdesarrollo,

es importante percibir los conflictos no como problemas a resolver, sino como motores que empujan procesos de transformación institucional, y en la misma medida, como manifestación de una serie de contradicciones y de diferentes maneras de entender la democracia, el desarrollo y la sociedad deseada (Bebbington, 2009: 119).

La investigación gira en torno a tres ejes conceptuales; el primero centrado en las tensiones sociales generadas por la existencia de un modelo de desarrollo hegemónico que, fundamentado en el crecimiento económico, desestabilizó las raíces ambientales, sociales, culturales y económicas de una comunidad campesina en el sur de Colombia.

El segundo, observará el surgimiento de la organización social campesina como respuesta a la implementación de políticas desarrollistas cuyas consecuencias fueron experimentadas por los campesinos y campesinas quienes asumieron la degradación del bosque, la disminución de la calidad de vida, el cambio del uso del suelo y la fragmentación familiar.

Para ello, el soporte conceptual vendrá de la teoría de actores argumentada por autores como Norman Long y Antony Giddens, según la cual, el sistema de relaciones

existentes dentro de una comunidad determinan la forma cómo esta actúa y cómo agencia sus propias transformaciones frente al contexto nacional y global.

Finalmente, la investigación busca profundizar en el papel de los roles de género como aristas fundamentales para la conformación de la organización social cuyo punto de partida son las mujeres, y que con el paso del tiempo ha involucrado a esposos, hermanos, hijos y nietos en una iniciativa campesina que a lo largo de 30 años ha logrado la recuperación del segundo Humedal de Importancia Internacional de Colombia.

Para ello, se abordarán algunos estudios de género que asumen las transformaciones sociales vinculadas con las relaciones entre hombres y mujeres y los aspectos ambientales y económicos que las limitan, es decir, miradas que contextualizan y configuran estas relaciones.

Entendiendo género como una forma de referirse a la relación social entre hombres y mujeres para descubrir el alcance de los roles sexuales y del simbolismo sexual en las diferentes sociedades y periodos, y encontrar así el significado que tuvieron y cómo funcionaron para mantener el orden social o para promover su cambio (Scott, 1990: 15).

Políticas globales vs. desarrollo local

Las relaciones económicas establecidas internacionalmente han respondido históricamente a la configuración del sistema – mundo, basado en una división entre centro y periferia (Braudel, 1984; Wallerstein, 2001; Prebish, 1980). En dicho sistema, los países que detentan los medios de producción son los que imponen la pauta para la generación de dinámicas económicas de los países de la periferia, que en la división internacional del trabajo, aportan con la fuerza de trabajo y materias primas para el mantenimiento continuo de la relación de oferta y demanda del mercado (Braudel, 1984; Wallerstein, 2001; Prebish, 1980).

El periodo de postguerra de la segunda guerra mundial, marcó el ascenso de Estados Unidos a la esfera internacional. Periodo en el que también surgieron los conceptos de Tercer Mundo, países desarrollados y subdesarrollados (Wallerstein, 2001; Escobar, 1996), cuyos significados han moldeado las dinámicas geopolíticas de las naciones ricas y las no ricas, en función de las lógicas del capital y de la industrialización.

Es en este periodo, bajo la tutela política del liberalismo, que se impulsó una noción de desarrollo fundamentado en el crecimiento económico como respuesta para superar la problemática de atraso y pobreza del denominado tercer mundo (África, India y América Latina). Dentro de esta perspectiva, todas las naciones deberían caminar, de manera gradual, a su propia autodeterminación, mediante la adopción de los modelos imperantes a través de la economía mundo (Escobar, 1994).

En el seno de estas relaciones surgieron miradas que destacaban la pobreza, el atraso tecnológico, el capital insuficiente y las prácticas arcaicas, como categorías dialécticas características del subdesarrollo, las cuales encargaban de evidenciar las tensiones y las marcadas diferencias entre unas y otras naciones (Escobar, 1994).

En ese sentido, la hegemonía de la visión cultural tradicional estableció una jerarquía de necesidades propias de otras culturas, las cuales impusieron concepciones de la realidad donde se tiende a desvalorizar los recursos propios, empobreciendo a las naciones latinoamericanas, al imponer sus escalas de valores, deseos y consumo (Elizalde, 2000).

En Colombia, lo anterior fue favorecido por la presencia de gobiernos que han mantenido una tradición liberal que en la década de los ochenta “avanzó” hacia una lógica neoliberal caracterizada por aperturas económicas, exportación de materias primas, desregularización del mercado, negociación de Tratados de Libre Comercio, expansión de agricultura a gran escala, uso de agrotóxicos para incremento de productividad, entre otras medidas, que afectaron notablemente la lógica productiva del campesinado en sus distintas regiones (Revelo, 2007 y Martínez y Roca, 2000).

Como consecuencia, un amplio sector del grupo de productores (pequeños y locales), modificó su racionalidad económica de subsistencia, articulando sus unidades productivas al mercado. El impacto de esto fue grande por cuanto:

El capitalismo en su fase extensiva transformó instituciones económicas que originalmente se orientaban a la satisfacción de necesidades familiares, y que Marx denominó economías de reproducción simple, hacia una lógica de reproducción ampliada, las cuales intentan sobrevivir a una dura competencia, en condiciones de desventaja pues, requieren continua inversión en tecnología o están condenadas a desaparecer (Bedoya y Martínez: s/f: 8).

De acuerdo con Arturo Escobar, Colombia presenta fuertes patrones de exclusión histórica donde la desigualdad ha empeorado en los últimos veinte años por los

sucesivos experimentos políticos llevados a cabo en el marco del neo-liberalismo, lo cual ha afectado de manera estructural temas como la tenencia de la tierra y el capital industrial.

Actualmente, el 1.1% de los dueños de la tierra controlan más de 55% de toda la tierra cultivable, y más de 60% de la población colombiana vive con un ingreso por debajo de la línea de pobreza (dos dólares estadounidenses al día) (Escobar, 2010).

Es evidente entonces, que el crecimiento productivo a ultranza tiene lugar a costa del empobrecimiento de las personas de los países en desarrollo y del abuso de la naturaleza, de esta manera, el resultado es siempre la infravaloración del futuro y del entorno, pues éstas se miden en relación con la lógica del presente y consecuentemente, se incrementa la explotación (Martínez y Roca, 2000).

El modelo económico occidental, a través del modelo de desarrollo y sus formas discursivas, ha justificado los medios utilizados para alcanzar el progreso y se fundamenta en la política de todo vale, con el fin de salir del subdesarrollo, sin importar la devastación ambiental, la pérdida de raíces culturales e históricas, pues gracias a ello los países serían modernos y desarrollados. Al negar la cultura y la historia los países se niegan a la posibilidad de una modernización propia (Acosta, 2012).

De esta forma a través de la ecología política se interroga la condición del ser en el vacío de sentido y la falta de referentes generada por el dominio de lo externo (virtual) sobre lo real y lo simbólico, abriendo un campo de estudio que permite la exploración de las relaciones de poder que se entretajan en los mundos de las personas y el mundo globalizado (Leff, 2003: 8).

Se trata entonces de percibir a través de las ciencias sociales la significación, valoración apropiación de la naturaleza, pues de ahí se desprenden los conflictos ambientales derivados de la controversia y diferenciada significación de la naturaleza (Leff, 2003).

En este caso, los conflictos socioambientales originados en las distintas percepciones que los actores tienen de la naturaleza son el reflejo de causas estructurales y profundas; de fenómenos que deben ser transformados y no apagados, para lograr valorarlos como mecanismos para abrir el debate en el marco de sociedades democráticas contemporáneas (Bebbington, 2009).

La concepción de la naturaleza como recurso u objeto de dominio permitió la creación de políticas enfocadas al incremento de la productividad. Esto en Colombia

durante la década de los 80 se tradujo en la inserción de medidas que impulsaron la expansión de los monocultivos, el uso de agrotóxicos, el cambio en la distribución de los roles productivos, tanto en el hogar como en los espacios para la producción económica.

Dichas medidas conocidas como la Revolución Verde se manifestaron entre otros indicadores por el crecimiento anárquico de la frontera agro- ganadera; el uso de insumos sintéticos contaminantes; la política homogeneizante de monocultivos, la erosión, la pérdida de fuentes de agua, la disminución de caudales y la contaminación de cuerpos de agua; para no hablar sino de algunas de las dramáticas situaciones que hoy, todavía, parecen no alarmar a la mayoría de los colombianos (Duque, 1998: 5).

Para reflexionar en torno al conflicto originado entre la visión de los tomadores de decisión y las poblaciones campesinas que vivieron las consecuencias de la Revolución Verde, podemos citar a René Orellana quien plantea que existen generalmente dos conceptualizaciones y valorizaciones de la naturaleza (Orellana, 1999).

Por un lado, ésta puede ser concebida como recurso para lograr fines, es decir, es percibida como un objeto y por lo tanto, la relación planteada será la dominación. Por otro lado, la naturaleza puede ser concebida como espacio de convivencia entre hombres y naturaleza cuya particularidad es brindar medios para reproducirse a sí mismo (Orellana, 1999).

De esta manera, se puede identificar que las comunidades consideran su entorno (en este caso particular, la laguna) como un ser vivo al que identificaban como lago hembra (su nombre en quechua² significa lago hembra); es decir bajo la lógica de la concepción del escenario de vida donde la vida se produce y reproduce bajo su propia lógica. “El hombre es parte de ese espacio, no es un ente foráneo y ajeno” (Orellana, 1999: 93).

En este caso, las decisiones del modelo imperante en entre la década de los 80 y los 90 en Colombia, evidencian la ruptura en la relación hombre-naturaleza, en la cual “se divide el todo en un conjunto de cosas: tierra, agua, minerales, etc. Y el hombre se acerca a ella con ánimo extractivo y explotador” (Orellana, 1999: 93).

² Lengua indígena propia de la cultura andina que se extiende desde Colombia hasta el norte de Argentina. También mencionada como kichua.

Lo anterior fue un claro reflejo de que la economía colombiana, sustentada en las teorías clásicas de hace cerca de 200 años, seguía apostando por la acumulación del capital como mecanismo que proporciona el bienestar que las sociedades requieren. Esta economía se ha consolidado como eje estructurador de la dinámica nacional estableciendo políticas desarrollistas que favorecieron a la fragmentación y pérdida de las prácticas agropecuarias tradicionales (Escobar, 2007).

Desde el punto de vista global, la desaparición del concepto de naturaleza se da en el marco del desarrollo de la sociedad industrial, en dicha sociedad lo que circula no es la vida sino materias primas, productos industriales y contaminantes. Se efectúa una especie de renovación del contrato entre la ciencia moderna y el Estado (Escobar, 2010).

Esto en Colombia da como resultado un sistema agrícola orientado a la exportación, con importantes contribuciones a la economía nacional y con consecuentes alteraciones de las formas de vida tradicionales (Altieri, 2011).

De esta manera, el conflicto socioambiental existente entre los experimentos políticos del gobierno colombiano y las realidades de los campesinos, evidencia las contradicciones entre las diferentes maneras de entender el desarrollo, la democracia y la sociedad deseada (Bebbington, 2003).

Lo anterior se refleja en “la repartición desigual de costos y potenciales ecológicos, de externalidades económicas que en últimas, son inconmesurables con los valores del mercado” (Leff, 2003: 3).

En consecuencia, las comunidades locales, cuyo estado de pobreza resulta de su inserción a una racionalidad económica global, deben enfrentar la destrucción de la base de los recursos naturales, el empobrecimiento de la naturaleza y de sus pueblos (Leff, 2003).

De acuerdo a Orellana, el encuentro de estas dos racionalidades se traduce en términos del predominio de una racionalidad hegemónica sobre la otra, por lo tanto, se trata de interferencia en procesos diferentes bajo una lógica de dominación (Orellana, 1999).

En este punto es necesario mencionar que Colombia es un país inmerso en la lógica capitalista que

posee en su naturaleza un carácter excluyente, donde si alguien gana es porque otro pierde, lo cual ha producido en los últimos años una profunda mutación cultural que va de una sociedad frugal a una consumidora donde se produce un sobredimensionamiento de los bienes, las necesidades y los satisfactores (Elizalde, 2000: 55).

En dicho modelo hegemónico, originado en la sociedad occidental y propia de la modernidad, la naturaleza es experimentada como objeto de dominio de las ciencias y de la producción. Se la concibe como un objeto de conocimiento y como materia prima del proceso productivo; es decir, en la actualidad se vive una suerte de desnaturalización de la naturaleza para convertirla en un recurso (Leff, 2003).

Dicha desnaturalización genera una serie de conflictos socioambientales que involucran a las comunidades directamente afectadas con las decisiones de manejo y uso de la misma. Se trata de un conflicto que tensiona la estabilidad histórica entre una comunidad y su hábitat (Folchi, 2001 en Bebbington, 2009).

En este escenario, la naturaleza desprovista del sentido de ser, es objeto de economización, lo que históricamente ha generado que las comunidades sean arrancadas de su contexto local y redefinidas como recursos a gerenciarse (Escobar, 2007). Lo anterior, otorga a la naturaleza un significado fundamental de poder y de posicionamiento en el espacio local (Paulson, 2007).

Dichos enunciados se apoyarán con las visiones de autores como Arturo Escobar, Manfred Max Neef y Antonio Elizalde, quienes desde perspectivas de la alternatividad, el desarrollo a escala humana y la racionalidad ambiental, dan el soporte teórico para hacer evidentes las tensiones, y la urgencia de valorar las alternativas locales surgidas ante un modelo de desarrollo cuyos resultados en términos del bienestar de las personas, son por demás insuficientes.

De esta forma, siguiendo la corriente interpretativa de la ecología política, basada en la comprensión de lo real y del conocimiento como un sistema de interrelaciones, se evidenciarán las confrontaciones de las racionalidades que han construido las identidades culturales en torno a la naturaleza y a las estrategias novedosas para su aprovechamiento sostenible (Leff, 2003: 4).

La organización campesina, alternativa y respuesta local al modelo de desarrollo

La Asociación de Reservas Campesinas de laguna de La Cocha, Asoyarcocha, es una asociación de base que reúne a campesinos y campesinas del sur de Colombia, en torno a un proceso organizativo que surge como respuesta alternativa local ante las tensiones del modelo de desarrollo hegemónico imperante en Colombia. En dicho proceso, los roles de género han jugado un papel importante en la configuración de Asoyarcocha y en las transformaciones sociales y ambientales logradas.

La Asociación de Reservas Campesinas de la laguna de La Cocha surgió en el siglo pasado, mediante la integración de varias familias campesinas del departamento de Nariño, quienes, tras enfrentar una crisis social y económica, optaron por unirse y asumir de manera colectiva la creación de proyectos productivos que les permitiera mejorar su calidad de vida.

Esta organización inició como una cooperativa que reunía a 25 asociados acompañados por la Asociación para el Desarrollo Campesino (ADC), una organización no gubernamental fundada por un grupo de profesionales de la ciudad de Pasto (capital del departamento de Nariño), quienes, vinculados por diferentes razones con la laguna de La Cocha, decidieron conformar una organización que permitiera la gestión y la promoción de modelos sostenibles en esta región del departamento.

Este encuentro entre profesionales ciudadanos y campesinos dio como resultado la gestión de recursos económicos que permitieron la puesta en marcha de Coyarcocha, una cooperativa que creó un fondo rotario con dinero gestionado a través de fondos particulares de cooperativas de trabajadores canadienses. El fondo realizaba pequeños créditos que financiaban la tecnificación y desarrollo de algunas iniciativas productivas agrícolas que tradicionalmente se realizaban en la región, tales como criaderos para cuyes (*Cavia porcellus*), cultivo de mora, cebolla, papa, coles, y criaderos de truchas arco iris (*Orcorhynchus mykiss*).

Con estos pequeños proyectos productivos las familias buscaban generar un ingreso que les permitiera dejar paulatinamente la actividad de extracción de madera para la producción de carbón y para la comercialización en bruto de la misma. Esta actividad se constituyó en la principal fuente de ingresos económicos de aquellas familias que habitaban la laguna desde inicios del siglo XX.

Sin embargo, estas familias pertenecientes a la cultura andina y descendientes de los indígenas *Quillacingas* y *Pastos*, no siempre dependieron de la productividad económica para la satisfacción de sus necesidades. A principios del siglo pasado, las familias que llegaron a habitar esta región se posesionaron de las tierras para satisfacer las necesidades de sus familias y sacar adelante a sus hijos.

De esta manera, las familias administraban la tierra y se dedicaban al cultivo en pequeña escala de papa, cebolla, habas, arracacha, algunas frutas; también reproducían cuyes, gallinas y ganado para la producción de carne y leche. Además, tenían como costumbre el trabajo compartido con los vecinos y en temporada de cosecha se apoyaban e intercambiaban trabajo por la producción que las familias obtenían.

Sin embargo, con las políticas desarrollistas, el mercado de la madera y del carbón vegetal ganaba terreno, esta práctica era manejada principalmente por comerciantes pastusos que invertían capital para la compra de la carga y su posterior venta en la ciudad. Esto se constituyó en una cadena en donde el intermediario controlaba la economía de las familias campesina (Revelo, 2007).

Por tanto, la dinámica que primó consistía en la extracción de la madera y la producción del carbón por parte de los campesinos y su posterior venta, mediante pago adelantado a los intermediarios, dicho pago se convertía en una deuda que los campesinos debían cubrir con mayor extracción del bosque. Fue así como el tiempo que antes se invertía en la producción propia de la familia, ahora se invertía en la extracción de madera, por tanto el cubrimiento de necesidades básicas como la alimentación dependía cada vez más de la deuda adquirida con el intermediario.

Las consecuencias de estas prácticas económicas se vieron en las familias, quienes enfrentaron el deterioro de su calidad de vida y graves situaciones de pobreza: problemas de salud, pérdida de la tenencia de la tierra, migraciones masivas, endeudamiento, entre otras, las cuales se agravaron con un evidente deterioro del bosque.

Con el surgimiento de la organización, y gracias al éxito de los pequeños proyectos productivos, Coyarcocha se transformó en Asoyarcocha, una asociación basada en el sentido de la solidaridad, que de la mano del trabajo y la gestión de la ADC hoy reúne a 154 familias que declararon sus fincas o predios como Reservas Naturales

Privadas Campesinas en alrededor de 3000 hectáreas de bosque de niebla y del humedal altoandino más extenso de Colombia.

Por tanto puede decirse que en este caso, el conflicto socioambiental representa un motor de transformación que posiciona la organización local como eje del bienestar comunitario y de la conservación y relacionamiento responsable con la naturaleza. (Long, 1996).

Entonces fue allí cuando empezamos a amar lo que teníamos, a conservar a proteger y digamos que cuando regresamos nosotros de allá, fue como habernos despertado de un sueño, de una pesadilla mejor, porque empezar a ver una reserva con todas las cosas bonitas que teníamos, con las aves, con las flores, con los árboles, con las orquídeas, con los helechos... en este paraíso vivíamos nosotros (ADC, 2004).

“Los procesos de internalización y relocalización de los procesos globales implican el surgimiento de nuevas identidades, alianzas y luchas por el espacio y el poder en poblaciones específicas” (Long, 1996: 3).

En este sentido, de acuerdo a Long, las comunidades campesinas son heterogéneas en términos de las estrategias que adoptan para resolver los problemas de producción y otras dificultades que enfrentan, pues al final son ellos como agricultores campesinos quienes deben problematizar sus situaciones, procesar la información y reunir los elementos necesarios para la operación de las respuestas colectivas a generar (Long, 1996).

“La Red se ha convertido en motivadora de procesos de conservación y veedora de las acciones que atentan contra la Cuenca Alta del Río Guamués. La gestión comunitaria ha permitido la declaratoria de la zona como un Humedal de Importancia Internacional Ramsar con el apoyo del WWF y amigos comprometidos con la defensa de la Laguna.

En este caso puntual, dichas estrategias fueron desde la puesta en marcha de actividades productivas, hasta la conformación de un movimiento social rural que promueve un desarrollo orientado a la satisfacción de las necesidades humanas; lo cual “reta” las posiciones convencionales tanto económicas como sociales, políticas y culturales, pues concibe al ser humano como el ente primordial y motor de su desarrollo. De esta manera, el desarrollo debe estar articulado a las agendas locales, nacionales, regionales e internacionales (Max Neef, 1993).

“La organización sí surgió para buscar un bienvivir para las familias y empezó con los pequeños créditos, capacitando. Como que la asociación en sus primeros inicios, sin estar concentrada directamente en eso, sí abrió espacios de participación para la gente B3)”.

Desde el planteamiento del desarrollo a escala humana (que desde un enfoque humanista y de las teorías del desarrollo, Asoyarcocha ofrece una alternativa a estos modelos neoliberales que en términos de resultados han incrementado las desigualdades, la distribución inequitativa de los recursos y la degradación de la naturaleza), la nueva visión integrada en Asoyarcocha separó el desarrollo del crecimiento y apostó por la satisfacción de necesidades desde una forma distinta, desde lo endógeno.

La organización campesina es un claro ejemplo de cómo interactuamos con otros en la búsqueda y reconocimiento de nuestra identidad, no solo para ser nombrados o identificados en el panorama nacional, sino como argumento para la defensa de nuestro patrimonio, que no es más que la herencia del padre y de la madre, para los hijos que vendrán (ADC, 2004: s/f).

Estas posturas tuvieron influencia en América Latina, planteando la posibilidad de repensar el desarrollo desde la autosuficiencia con capacidades y recursos propios, esto implicaba “aprovechar localmente los efectos positivos y no se permitía transferir las externalidades negativas” (Gudynas, 2011).

Cuando empezamos el proceso organizativo fue cuando empezamos a conocernos entre los vecinos, a saber cómo nos llamábamos, qué hacíamos, dónde vivíamos, cuál era nuestra familia. Empezamos a visitar las fincas y los predios, así conocimos también nuestro territorio, todos los rincones de la laguna, de esta forma es que nos apropiamos de ella y nos sentimos parte de todo este paisaje (A1).

De esta manera, las organizaciones campesinas, comunitarias, étnicas y mestizas de base como Asoyarcocha han configurado un sistema de conocimiento que aporta a las ciencias sociales mediante la representación de formas de vida expresadas dentro de su territorio, donde establecen relaciones y visiones íntimamente ligadas con la naturaleza, sintiendo que son parte de ella.

“El modelo local propuesto evidencia un arraigo especial a un territorio concebido como una entidad multidimensional que resulta de los muchos tipos de prácticas y relaciones” (Escobar, 1994: 120); es decir, desde Reservas Campesinas se

va en contra de la lógica demoledora de la institucionalidad nacional, que privilegia el peso de los intereses económicos individuales de los grupos de poder.

Como ya teníamos conciencia porque la capacitación ha sido permanente y muy importante. El proceso para la declaración de las Reservas fue diferente. Una vez nos dieron a conocer las experiencias en otros lugares de Colombia, entonces cuatro predios dijimos listo. Esos predios fueron: la planada del Guamués, el Vicundo, el Frailejón y Encanto Andino (A1).

El curso tomado por el proceso refleja en todas sus dimensiones que las decisiones y opciones tomadas por los campesinos y campesinas agenciaron la puesta en marcha de toda una iniciativa de participación comunitaria local que incluye acciones económicas, ambientales, sociales e incluso espirituales para la convivencia comunitaria.

Si bien en términos económicos no excluyen el crecimiento económico para que las personas tengan acceso digno a bienes y servicios, la diferencia es que se basa en la satisfacción de necesidades desde el inicio del proceso hacia un desarrollo, es decir, la satisfacción de necesidades no es la meta sino lo que impulsa ese desarrollo (Max Neef, 1993: 79).

De esta forma, podemos decir que en la base del modelo campesino se halla la noción de que la tierra “da” basándose en su “fuerza”. Lo cual incluye una visión más circular y equilibrada de la vida económica que a su vez es radicalmente diferente de las ópticas clásicas y neoclásicas (Escobar, 2007).

Nuestra organización se propone implementar con las familias propietarias rurales, predios biodiversos y de producción permanente para asegurar una alimentación sana, así como transformar excedentes de producción para su comercio justo, mantener y recuperar ecosistemas naturales para contribuir al establecimiento de corredores biológicos y fortalecer, mediante un proceso de capacitación, el sistema de gestión de la organización y sus grupos activos en los que participan hombres y mujeres adultos, jóvenes y niños (ADC, s/f).

La puesta en marcha de dicho modelo transformaría las formas de relación existentes entre los seres humanos y la naturaleza, reposicionándolo como creador del sentido con el que se plantea su vida, en concordancia con los otros seres humanos y con el Planeta (Max Neef, 1993).

Sobre la base del conocimiento, la organización y los valores locales se esfuerzan activamente para aprehender cognitivamente y organizativamente las circunstancias externas y, al hacerlo, dichas circunstancias son mediadas o transformadas de alguna manera. Así los Estados, las transnacionales y las imágenes globales adquieren una serie de significados y prácticas altamente diversificados y localizados (Long, 1996: 6).

Quienes han participado en el proceso, creen en concordancia con el desarrollo a escala humana que, la instauración de nuevos órdenes sociales, son la única salida a la actual crisis mundial. Estas nuevas formas deben plantarse sobre la base de la reivindicación de lo subjetivo y nacido de la voluntad de los protagonistas de su propio desarrollo (ADC, 2004).

El hecho de demostrar que permanecemos en el mismo territorio, somos diferentes pero que podemos traducir esa diferencia en complementariedad para aportar a la toma de decisiones, porque las amenazas que tiene el territorio sobrepasan los intereses que pueden tener las mismas organizaciones sociales de base (C1).

De acuerdo con Long, la actual crisis social, cuyas dimensiones más importantes se caracterizan por una acelerada diseminación de la información del conocimiento, la reestructuración del trabajo, la industria, la vida económica, y la fragmentación y reorganización del poder; da lugar al surgimiento de nuevas identidades culturales y políticas que logran delinear ciertas características fundamentales del cambio social (Long, 1996).

Como parte de esta reorganización del poder y de la naturaleza del Estado cuyas esferas de poder se muestran variables, se da lugar al surgimiento de nuevos movimientos sociales, que podrían denotar un debilitamiento del papel del Estado que genera, de acuerdo con Long (1996), nuevas formas de coalición social a nivel local.

Una vez los campesinos de La Cocha tuvieron la opción de mirarse a sí mismos, de reconocerse, de reconocer a los demás y de reconocer su entorno, descubrieron la potencialidad de vida que representaba el lago para su futuro y así mismo, reconocían las amenazas de las políticas desarrollistas promovidas por el gobierno (ADC, 2004)

Dichas formas de coalición social surgieron en marcos de desarrollo globalizantes cuyos y acoplamientos propios entre distintos marcos epistemológicos y culturales contrastantes (Long, 1996:3); han generado nuevos patrones de reacciones al nivel local, regional y nacional; lo anterior se refleja en una gran diversidad de acoplamientos, resistencias y transformaciones que dan cuenta del aporte que el conocimiento, la organización y la participación local pueden hacer a los modelos de desarrollo, sobre todo teniendo en cuenta los marcos de neoliberalización y liberación de mercados en medio de los que surgen.

En este sentido, se puede decir que con Asoyarcocha la apuesta campesina local se encamina hacia la resignificación de la agricultura como mecanismo productivo para

la satisfacción de necesidades familiares que han ido configurando toda una gama de condiciones socio-políticas que evidencian la importancia del debate planteado frente a su derecho como comunidades locales del uso de la tierra y sus recursos.

Para los habitantes de los alrededores de la laguna, la definición de un proyecto futuro ha pasado por entender y asumir lo que significa ver nacer el agua en sus predios, y ver el ciclo del agua en relación con la producción de alimentos para la satisfacción de las necesidades alimentarias, pero también para la integración familiar y el ejercicio de la identidad campesina (ADC, s/f).

Es así como “las condiciones globales cambiantes son relocalizadas en el contexto de marcos de conocimiento y organización locales que se retrabajan permanentemente al estar en contacto con otros más amplios” (Long, 1996: 6).

De esta manera, las personas establecen redes interpersonales, lazos comunitarios, instituciones colectivas, entre otras formas de acción comunes, para plantear soluciones a los problemas.

El trabajo asociativo (minga), piedra angular del fortalecimiento organizativo, ha permitido que los asociados encuentren explicaciones a muchas de sus actitudes personales o grupales, de sus semejanzas o diferencias con otros sectores de la población y han proyectado con mayor seguridad metas para sus propias vidas, satisfaciendo la necesidad de entenderse y de entender e interactuar con su entorno social y cultural (ADC, 2004)

Lo anterior, ubicado en el contexto de la agricultura, se hace evidente ante las resistencias que las comunidades pueden generar ante el impacto que la tecnología, la división del trabajo y las decisiones de orden central pueden generar en sus espacios cotidianos. Estos cambios, en muchas ocasiones, han implicado incluso una transformación de los marcos legales, el uso de la tierra, la administración de la ecología, las relaciones de género, la organización interna de los hogares y de las empresas agrícolas (Long, 1996).

En dichas transformaciones es importante destacar que ninguna proviene exclusivamente de afuera, sino por el contrario, los actores locales involucrados también han luchado por impulsar sus propios intereses y en consecuencia, han sido negociados o transformados.

Por esta razón, las nuevas luchas sostenidas en buena medida por el establecimiento de redes, influyen la naturaleza de la vida social rural y puede ser

determinante en la forma cómo los agricultores responden a diversas circunstancias agrícolas y económicas cambiantes (Long, 1996).

En el marco de la investigación social rural es necesario analizar y valorar las relaciones complejas que los campesinos desarrollan dentro del marco simbólico y de la implementación de estrategias para la reproducción de la vida en contextos con fuertes contrastes de visión frente al uso y manejo de los recursos naturales y de los modelos de desarrollo implementados.

De ahí la importancia de la perspectiva del trabajo enfocada en el actor social pues

permite explorar las relaciones entre los procesos de mercado, de gobierno y otras formas de intervención planeadas. Permite también contrastar las formas teóricas del discurso con la forma en la que los diferentes actores conceptualizan, manejan y se convierten en agentes de creación y reproducción de los vínculos con el mercado, los lazos comunitarios y las relaciones gubernamentales (Long, 1996: 12).

Participación social con enfoque de género

En la presente investigación, los estudios de género permiten analizar la relación existente entre las mujeres y su medio ambiente, que gracias a tendencias de investigación científica social como el ecofeminismo (década de los 70), hacen visible a las mujeres como sujetos ambientales (Maier, 2003).

En este proceso de visibilización de las mujeres como sujetos activos en relación con la naturaleza, los recursos naturales y con los hombres, los planteamientos feministas ambientalistas posteriores a la década de los 70, confrontaron el esencialismo del ecofeminismo original y complejizaron el análisis de la relación existente entre las mujeres y el medio ambiente.

Al establecer epistemológicamente la relación de las mujeres con su entorno, se pone sobre el tapete la problemática de la identidad femenina, donde se descubre un sistema de diferenciación social basado y construido sobre las marcas distintivas del sexo; las cuales de acuerdo a Scott, expresan las relaciones significantes de poder (Scott, 1990 en Maier, 2003).

De esta manera, reconocer las particularidades de las experiencias de género frente a los entornos, significa reconocer que las identidades femeninas y masculinas dan paso o no a la participación de los actores en la política y la transformación social.

En el campo ambiental, los estudios de género buscan especificar las condiciones en las que se dan los encuentros entre las mujeres y los hombres y los ecosistemas; es decir, diferenciando a los sujetos como participantes directos del desenlace ambiental (Maier, 2003). Aquí, tanto el concepto de género como el de ecosistema dan pautas para conseguir aproximaciones más completas al “binomio sociedad – naturaleza” (Shmink, 1999: 8).

El desafío entonces es analizar mejor y vincular desde el punto de vista del conocimiento, la forma cómo la participación de hombres y mujeres en la esfera local puede aportar a la investigación social y a la toma de decisión y de acción en otros espacios y a escalas que impacten de manera más efectiva a las comunidades y sus entornos. “Las mujeres y los hombres de las localidades no son receptores pasivos de las ideas sobre el medio ambiente y el desarrollo; por el contrario, tales ideas se han venido enredando en la luchas locales que a menudo tienen impactos mayores” (Shmink, 1999: 64).

En la ecología política los estudios ambientales se realizan con base en los contextos de los sistemas de producción y de las relaciones políticas y económicas, lo cual abre caminos para la valoración de los espacios físicos y de las relaciones sociales.

En esta frontera, la variable del género es fundamental para aportar a la construcción de bases teóricas que permitan el análisis de las relaciones entre las realidades locales de género y ambiente, y las fuerzas y fenómenos que interactúan en múltiples espacios y escalas (Shmink, 1999: 69).

La inclusión del género en el debate sobre el desarrollo abrió un importante espectro de aportes teóricos para la construcción de conocimiento que aproximara la realidad local y cotidiana de las comunidades a las estrategias de toma de decisión frente al manejo y aprovechamiento de los recursos naturales.

El proceso de desarrollo ha traído evidentes impactos en la configuración de las relaciones entre mujeres y hombres con relación a su medio ambiente; de esta manera, las mujeres con frecuencia han enfrentado un deterioro relativo y en ocasiones definitivo de su posición frente a los hombres (Braidotti, 2004).

Por esta razón, los estudios de género vinculados con el desarrollo y desde una perspectiva marxista, permiten el análisis de la contribución de las mujeres dentro y fuera de los hogares, pues son agentes activos del cambio. Además, los efectos de la

modificación ambiental en un contexto de desarrollo económico se hacen evidentes con relación a las mujeres por cuanto ellas están más próximas a las funciones de reproducción de la vida cotidiana.

Para Mies, la reproducción consiste en “proporcionar satisfacción a las necesidades básicas de subsistencia de la familia. Es la relación más cercana que las mujeres tienen con la naturaleza” (Mies, 1999 en Braidotti, 2004: 43).

Al mismo tiempo, la ecología política con enfoque de género gira en torno a las raíces materiales e ideológicas de las relaciones entre hombres y mujeres, lo cual incluye la diferenciación del papel en la generación de conocimiento, los derechos, las responsabilidades y en la participación en la organización y las actividades de carácter político (Schmink, 1999).

En este sentido, “La multiplicidad de papeles que asumen las mujeres (producción, reproducción y consumo) las lleva a integrar sistemas complejos y a no especializarse por ello pueden ser más conscientes del funcionamiento del ecosistema como un conjunto” (Rochealau, 1996 en Schmink, 1999: 431).

Este espectro relacional entre hombres, mujeres y naturaleza comprende aspectos simbólicos e ideológicos que depositan diferentes cualidades, actitudes, personalidades y patrones de conducta.

En este marco de ideas, se debe dar relevancia al concepto de hogar para las mujeres en contextos rurales. Entendido este como “la unidad familiar extendida o nuclear, formada por las personas que comparten en forma más o menos permanente la alimentación y la vivienda” (Karresmans, 1993 en Schmink, 1999: 582).

Por ello, el hogar es la sede de las relaciones de poder entre sus miembros y de las diferentes estrategias y procesos de toma de decisión, en donde el acceso a los recursos es diferenciado, y donde las relaciones sociales cambian históricamente y se encuentran influenciadas por procesos políticos y económicos más amplios (Schmink, 1999). Por otra parte,

En el ámbito comunitario las relaciones de género interactúan con otras instancias y espacios sociales que generan tanto relaciones de cooperación como de conflicto, y por lo tanto, abren el paso para distintas formas de negociación. De esta manera, los efectos de género de la crisis ambiental deben analizarse a la luz del tiempo, los ingresos, la nutrición, la salud, las redes de supervivencia social y el conocimiento tradicional (Ortíz, 1999: 585).

Es así como los estudios de género aportan a la realización de un análisis integral de las variables que conforman e influyen en los modelos de desarrollo y más específicamente en relación con el uso sostenible de los recursos naturales. Esta variable permite dimensionar el papel de otros aspectos sociales relacionados con la conservación y el uso y manejo de la naturaleza.

La inclusión del género para el análisis socioambiental recoge las múltiples relaciones que los hombres y las mujeres establecen en distintos niveles con los recursos naturales, facilita el entendimiento de los factores históricos, socioeconómicos y ecológicos que afectan dicha relación.

Por ello es importante destacar que género no es una categoría natural sino un producto social y cultural que tiene particularidades en diferentes contextos, lugares y épocas (Poats, 1999).

Como producto social, el género permite establecer las diferencias entre las relaciones que la gente establece con los recursos naturales en relación con el conocimiento, uso, acceso, control e impacto sobre los mismos, así como también con las actitudes en relación con su conservación comunitaria (Schmink, 1999 en Poats, 1999:7).

La conservación comunitaria se construye sobre los roles que desempeñan los hombres y mujeres en el entendimiento y manejo del ambiente de su entorno, tanto en contextos rurales como urbanos. Este análisis incluye las dinámicas internas y entre los hogares y los actores sociales dentro de un área determinada, así como también sus influencias externas, como un esfuerzo sistemático para comprender el papel de hombres y mujeres en determinados contextos (Poats, 1999).

Las diferencias de género en las responsabilidades e intereses sociales sobre la naturaleza, el entorno y los recursos naturales son reales, y la inclusión de las mujeres y los hombres locales en las actividades y proyectos de conservación son determinantes a la hora de obtener, conocer y estudiar los resultados (Poats, 1999).

Por esta razón, es fundamental valorar el papel de hombres y mujeres en tanto actores con decisión, conocimientos e intereses distintos, pues de ellos depende la construcción de un nuevo balance social de gran potencial en la conservación y uso sostenible de los recursos naturales a nivel local (Poats, 1999: 22).

La propuesta implementada por las familias campesinas de la laguna de La Cocha supone un humanismo ecológico integral, que se dirige hacia una autodependencia

creativa y orgánica, que consecuentemente visibilice a los sectores; es decir, su apuesta es por una redistribución drástica del poder por medio de la organización comunitaria horizontal (Max Neef, 1986: 76).

Bajo esta perspectiva, se hace evidente analizar el trabajo invisibilizado, no remunerado o mal pagado de las amas de casa, los campesinos y las campesinas que trabajan para subsistir, y de igual manera, de los pequeños productores en el llamado sector informal, como sustento y cimiento del modelo patriarcal y capitalista del desarrollo ilimitado de dinero y bienes (Max Neef, 1986). Este trabajo

se realiza para subsistir, en tanto que es trabajo que produce y conserva la vida en todas estas relaciones de producción, era y es condición previa para la subsistencia, y es llevado a cabo en su mayor parte por las mujeres (Mies, 2004:96).

Por tanto, el mundo invisible crea una serie de las estrategias de supervivencia, que incluyen el surgimiento de un sinnúmero de microorganizaciones productivas y comunitarias, donde la solidaridad que se da al interior de las mismas constituye un recurso indispensable para sobrevivir y desplazarse en un medio en el que impera la lógica competitiva (Max Neef, 1993).

Se trata de un nuevo factor de coalición local donde las mujeres y los hombres, a través de la integración entre ellas y con otros grupos de jóvenes y niños con el fin de revertir las transformaciones de su entorno y de sus familias, y de esta manera, retornar de alguna manera a sus identidades tradicionales.

Por ello es necesario tener una mirada particular sobre la relación de las mujeres con el medio ambiente y a su vez con el contexto socioeconómico, pues los efectos del deterioro ambiental son determinantes en la vida cotidiana de las mujeres. Se puede reflejar en el incremento de la carga laboral para satisfacer necesidades domésticas (combustible, agua, forraje para animales); además de los efectos de la contaminación y la creciente explosión de productos químicos (Braidoti, 2004).

La introducción de nuevos métodos agrícolas tuvo efectos negativos en las mujeres porque cambió los patrones de la división sexual del trabajo y las desplazó de sus áreas tradicionales de labor. Es así como los agroquímicos sustituyeron la función de deshierbe realizada por las mujeres (Braidoti, 2004: 25).

Con la utilización de la tecnología moderna, los hombres no solo participaron cada vez más en los cultivos que se pueden vender y explotar; sino que absorbieron tareas que tradicionalmente realizaban las mujeres. Como por ejemplo en la década de los ochenta

se caracterizó por una feminización de la pobreza lo cual se reflejaba en que cada vez más mujeres se convirtieron en proveedoras de la subsistencia familiar, mientras que los hombres emigraban en busca de empleo.

Esta feminización de la pobreza que también implicó una feminización de la agricultura, expone los límites con los que los tomadores de decisión perciben la situación de las mujeres como productoras a pesar de que cumplen roles mucho más amplios, lo cual no permite valorar otras opciones de los roles de las mujeres (Shutter, 2013).

Desde esta perspectiva, el camino de género y desarrollo toma en cuenta la contribución de las mujeres dentro y fuera de los hogares, pues ellas son agentes de cambio y no simplemente receptoras pasivas de las acciones que ofrece el desarrollo. Desde esta visibilización del rol de las mujeres se cuestiona suposiciones relacionadas con las actuales estructuras políticas, económicas y sociales (Braidoti, 2004).

Es quizá por ello que en los procesos de transformación social originados por movimientos campesinos como Asoyarchocha, que además incluyen un importante componente de género, es común identificar que el punto de partida son ellas, pues al estar tan cercanas al entorno y a la satisfacción de las necesidades del hogar, pueden ser más conscientes del funcionamiento de los ecosistemas en su totalidad, retando de esta forma la estrechez de las estrategias orientadas al mercado (Schmink, 1999).

“Esta visibilización de la relación de la mujer con el entorno y con la naturaleza, la convirtió en un sujeto ambiental como referente conceptual para la interpretación de múltiples encuentros específicos entre mujeres concretas y sus respectivos entornos” (Maier, 2003: 28).

Con ello se abre un espacio político donde las acciones reproductoras y productoras transforman las relaciones sociales y ambientales en espacios donde conviven las visiones y posiciones de campesinos y campesinas.

Es así como el género se convierte en una variable crítica en la formación del acceso y control, la cual interactúa con clase, raza, cultura y etnicidad para formular los procesos del cambio ecológico, la lucha de mujeres y hombres para mantener una vivencia ecológica viable, y las posibilidades de cualquier comunidad de lograr un desarrollo sostenible (Poats, 1999: 16).

Desde esta perspectiva, el género se emplea para asignar las relaciones sociales entre sexos, con lo cual el concepto pasa a denotar construcciones culturales donde tiene lugar la creación de ideas sobre los roles apropiados para hombres y mujeres cuyo imaginario es dinámico y depende de los contextos desde donde se analicen (Scott, 1992).

Por tanto hay que concebir la variable género “como una forma primaria de relaciones significantes de poder. Podría mejor decirse que el género es el campo primario dentro del cual o por medio del cual se articula el poder” (Scott, 1990: 2).

De esta manera,

no se puede valorar una experiencia sin prestar atención a los sistemas simbólicos, esto es, las formas en que las sociedades representan el género, hacen uso de este para enunciar las relaciones sociales o para construir el significado de la experiencia (Scott, 1990: 19).

El género facilita un modo de decodificar el significado y de comprender las complejas conexiones entre varias formas de interacción humana, las cuales incluyen la naturaleza, el acceso a la tierra y de la distribución de los recursos naturales.

En resumen,

las diferencias de género en las experiencias, responsabilidades, e intereses sobre los recursos naturales son verdaderas y no imaginarias, y la inclusión de las mujeres y los hombres locales en las actividades y procesos orientados al desarrollo y manejo sostenible de los territorios es fundamental; descartarlos a la hora de realizar análisis de experiencias rurales puede significar la pérdida de un fragmento fundamental en la reconstrucción histórica de las comunidades y de su proyección en el marco global económico, político y social (Poats, 1999: 139).

Estrategia Metodológica:

La presente investigación se realizó bajo el esquema de investigación cualitativa con técnicas etnográficas. Se abordó el caso de estudio con miras a comprender e interpretar una realidad que interactúa con un contexto más amplio, con el fin de generar conocimiento y planteamientos teóricos que aporten favorablemente a la construcción conjunta de sociedades diversas, incluyentes, equitativas y responsables (Murillo y Martínez, 2010).

Esta metodología permitió obtener una imagen del proceso, el cual junto a referentes teóricos, ayudaron a analizar la experiencia estudiada y a la identificación de las potenciales y posibles amenazas presentes en dicho caso.

La ruta de investigación comprendió el análisis bibliográfico, la selección teórica apropiada y el trabajo de campo con las familias seleccionadas al interior del Comité de Asoyarcocha.

En el trabajo de campo se realizó observación participante durante cuatro semanas con dos familias que contaran con tres generaciones dentro de la experiencia, esto incluyó a los fundadores de la organización.

La selección de las familias se hizo con el acompañamiento de la Asociación para el Desarrollo Campesino (ADC) y del Comité de Asoyarcocha. El trabajo de campo se apoyó en entrevistas en profundidad a 6 asociados. Además se realizó revisión de documental institucional.

Selección del universo de estudio

Asoyarcocha es una asociación de campesinos del corregimiento de El Encano, Municipio de Pasto, Departamento de Nariño. La asociación está conformada por cerca de 100 asociados campesinos y 160 niños y jóvenes del grupo Herederos del Planeta habitantes de las veredas de El Socorro, Santa Clara, Romerillo, Motilón, Casa Pamba, El Puerto, Santa Isabel, El Naranjal, Santa Teresita, Ramos y Carrizo (Asoyarcocha, 2009).

Esta organización está organizada en cinco grupos activos que corresponden a Mujeres, Producción, Red de Reservas Naturales de La Cocha, Comunicaciones y Niños y Jóvenes que integran el grupo Herederos del Planeta "Los Tucanes". Cada grupo elige en Asamblea General a una representante en el Comité Coordinador, y una persona para que realice la coordinación general, quien asume la representación legal de la Asociación por un periodo de dos años (Asoyarcocha, 2009).

De acuerdo con la Asociación para el Desarrollo Campesino (ADC), organización de segundo nivel que acompaña a Asoyarcocha en sus procesos de gestión, Asoyarcocha está conformada por 1560 campesinos, de los cuales 698 son hombres y 862 son mujeres entre adultos, jóvenes y niños (Revelo, 2007).

Si bien en número de asociados varía, cerca de 57 familias integran la asociación de manera estable. Dentro de estas familias se encuentran algunos de los fundadores cuya descendencia cuenta con la tercera generación (hasta de 14 años). Criterio

fundamental para la selección de las fuentes informativas idóneas para la presente investigación.

Además del criterio anterior (familias que contaran con tres generaciones involucradas en el proceso desde su fundación), se tuvo en cuenta la disponibilidad de las familias, las distancias de los recorridos entre unos y otros.

En Consulta con el Comité Organizativo de la asociación, se realizó un listado de familias en esas condiciones, seis en total. Dos de las cuales estaban representadas dentro del Comité y quienes aceptaron el avance hacia el trabajo de campo.

Las familias que aceptaron fueron los Castro Matabanchoy y los Jojoa Salazar, fundadores de Asoyarcocha y co fundadores de la ADC. Sus reservas, Encanto Andino (vereda Santa Teresita) y Refugio Cristalino (Romerillo), respectivamente; han sido parte del proceso desde la creación de la cooperativa multiactiva (1980).

La familia Castro Matabanchoy hace parte del grupo de campesinos que se organizó para encontrar alternativas económicas colectivas que complementaran los escasos ingresos familiares. Está conformada por los esposos Edmundo y María Concepción, sus 6 hijos (cuatro hombres y dos mujeres) y sus seis nietos. Todos sus hijos han sido parte del proceso y sus nietos nacieron cuando sus padres aún eran parte del programa Herederos del Planeta. Actualmente en la Reserva viven los abuelos y todos los hijos tienen sus propios proyectos de vida en Pasto o en otra vereda cercana a la laguna.

Los Jojoa Salazar están integrados por los esposos Roberto y Esperanza del Socorro, sus 11 hijos (7 hombres y 4 mujeres) y sus 6 nietos. Esta familia se caracteriza porque diez de los once hijos siguen involucrados directamente con el proceso; de hecho, cinco de ellos viven en la reserva y están comprometidos completamente con el proyecto de la Reserva Natural. Desde su nacimiento, los nietos hacen parte del proceso, son miembros del programa Herederos del Planeta y su educación es un proyecto familiar cuyo principal eje es la relación con la tierra y su territorio.

Corte Temporal

Dadas las variables de investigación identificadas, la investigación identifica dos momentos clave para el análisis de las circunstancias que han rodeado la experiencia de Asoyarcocha:

- Fundación de Cooperativa Multiactiva de Cooyarcocha (1980): evento puntual que permite el surgimiento de la organización y el surgimiento de las relaciones vecinales y comunitarias que han permitido el sostenimiento y transformación del grupo. Los antecedentes históricos que los lleva a organizarse permiten dilucidar las circunstancias que generaron las tensiones que dieron pie al surgimiento de este movimiento social.
- Declaración de los predios como Reservas Naturales campesinas (1991): En este momento los campesinos de la Asociación, con el apoyo y acompañamiento de la ADC, deciden la declaración de sus predios como Red de Reservas Naturales campesinas, una figura de propiedad privada que da prioridad a la conservación del territorio y a un uso sostenible de sus bienes y servicios ambientales. Esta decisión es tomada en buena medida por los hijos de los fundadores quienes llevaban una década en constante contacto con el proceso formativo de sus padres de manera directa e indirecta. De manera indirecta pues los acompañaban a las capacitaciones y eran testigos de las transformaciones en casa; directamente, al ser parte del programa Herederos del Planeta.

Estos dos momentos marcarían un relevo generacional en la concepción de las tensiones propias de los modelos de desarrollo existentes, en la relación de las familias con la naturaleza y en las relaciones de género propias de la experiencia de vida de los campesinos asociados, variables fundamentales para el análisis de la experiencia a la luz de los estudios socioambientales.

Trabajo de campo

La experiencia de campo se llevó a cabo en el mes de mayo de 2014. Tiempo que fue dedicado a compartir con las dos familias en espacios intercalados de tiempo y por un periodo de dos semanas con cada una.

Durante dicho periodo de tiempo se realizaron entrevistas en profundidad con cada uno de los representantes de dos generaciones (padres e hijos). Con los nietos, niños de entre 0 a 16 años hubo espacios de interacción y observación participante.

Familia Castro Matabanchoy: Propietarios de la Reserva Encanto Andino ubicada en la vertiente oriental andina (vereda Santa Teresita, corregimiento del Encano, municipio

de Pasto), mide 6.2 ha cuenta con una ha de bosque secundario bajo manejo sostenible, potreros, huerta y zonas de reforestación y regeneración desde 1984.

La apuesta de los Castro Matabanchoy ha sido la superación de las condiciones de marginalidad vividas por su familias antes de la década de los 80. Mediante la asociación y su acompañamiento con la ADC, esta familia puso en marcha actividades productivas sostenibles que permitieron la generación de ingresos que contribuyeron con el bienestar de toda la familia.

Durante el proceso toda la familia ha sido parte de una serie de transformaciones que trascienden lo económico y se articulan con un proceso organizativo rural comunitario que pone en marcha una alternativa de vida ante el modelo de desarrollo establecido en Colombia.

Algunos de los sistemas productivos llevados a cabo en Encanto Andino son la ganadería (una vaca lechera), el cultivo orgánico de diez variedades de papa genéricas, hortalizas y algunas variedades de frutas. Cuentan con criadero de truchas, de cuyes y gallinero. En algunas temporadas han tenido marraneras, pero no es una actividad frecuente ni que estén desempeñando en la actualidad.

La principal actividad en la generación de ingresos es el ecoturismo; Encanto Andino cuenta con infraestructura para la atención de visitas. Su especialidad son las visitas y caminatas de reconocimiento ecológico a los páramos azonales y al bosque andino que circunda.

Familia Jojoa Salazar: propietarios de la Reserva Natural Refugio Cristalino ubicada en la orilla occidental de La Cocha, vereda Romerillo. Este espacio de vida cuenta con bosque secundario, corredor biológico, humedal en la parte plana (pozo de la gran rana) y área productiva. Existe un proceso organizado con niños y jóvenes de la Reserva y la vereda quienes realizan actividades de investigación, habilidades y destrezas, educación ambiental y proyección a la comunidad.

Se destaca el manejo y producción sostenible de especies menores, principalmente de cuyes y bovinos para leche. Existe una huerta biodiversa de autoconsumo, arreglos silvopastoriles, descontaminación de aguas y lombricultivos. Presta servicio de alojamiento para 10 personas y alimentación para 40 personas y servicio de pesca deportiva y un espacio para reuniones de hasta 40 personas.

La apuesta de esta familia está más concentrada en la producción para el autoconsumo; la mayoría de los hermanos Jojoa Salazar viven en la Reserva y se ocupan de las tareas diarias necesarias para su sostenimiento.

Con las dos familias se realizó el trabajo de observación participante y con los representantes de las dos primeras generaciones se realizaron entrevistas en profundidad. En total fueron seis entrevistas a los miembros de las familias y una entrevista con el director de la Asociación para el Desarrollo Campesino.

Tabla 1 Categorías de Análisis y técnicas de levantamiento de información

Categoría	Subcategoría	Técnica	Fuente
Modelos de desarrollo	Desarrollo Económico, alternativa al desarrollo y subsistencia.	Revisión documental Observación Participante Entrevista	ADC Castro Matabanchoy (A) Jojoa Salazar (B)
Transformaciones socioeconómicas	Labores, responsables, nivel de educación, actividades productivas, conformación familiar, relaciones vecinales.	Entrevista Observación participante	Familia A Familia B
Transformaciones ambientales	Paisaje, relación con el entorno, acceso y distribución de bienes y servicios ambientales.	Línea de tiempo Entrevista Observación Revisión documental	ADC Familia A Familia B
Proceso organizativo	Historia de conformación, plataforma de acción, actores sociales, proceso de toma de decisiones, conflictos, relevo generacional.	Entrevista Revisión documental	ADC Familia A Familia B
Enfoque de género	División del trabajo, roles y responsabilidades, ocupaciones de subsistencia, participación familiar, relevo generacional y toma de decisiones.	Entrevista	Familia A Familia B

CAPÍTULO II

CONTEXTO

Contexto histórico

La laguna de La Cocha hace parte del complejo de humedales altoandinos de mayor importancia de la región Andina. Se ubica en el corregimiento de El Encano, cerca de la capital de departamento de Nariño, al sur de Colombia. Las principales actividades económicas realizadas en esa zona han sido la extracción de madera, producción de carbón vegetal, monocultivo de mora, cebolla, papa y flores, manejo de ganado de leche y cuyes (ADC: s/f).

En la época prehispánica, esta región estaba habitada por indígenas de las etnias *Quillacingas*, *Awá*, *Iscuandés*, *Telembíes*, *Tumas*, *Tabiles*, *Abadaes*, *Chinches*, *Chapanchicas* y *Pichilimbíes* (Gobernación de Nariño, s/f). Antes de la conquista, en la época precolombina, estas tribus gozaban de la propiedad milenaria de sus tierras, sin necesidad de pagar por ello censo o tributo a nadie (Narváez, 2006).

La actividad productiva se basó en la dedicación propia a la caza, la pesca, la recolección y la horticultura. La tecnología no encontró una vía hacia el crecimiento, siendo la fuerza de trabajo la que se utilizó y se aprovechó para transformar la naturaleza, aunque algunas técnicas fueron desarrolladas en diversos grados (Narváez, 2006: 8).

Los Quillacingas fueron los indígenas con mayor población en la zona correspondiente a la presente investigación. Cultivaron principalmente maíz, papa, frijol, yuca, camote, arracacha, zapallo, oca, maní, algodón, aguacate y otros más. Sin embargo, con la llegada de los españoles esto se transformó, y sus tierras se convirtieron en grandes cultivos de productos que provenían de Europa como la cebada, el trigo y las hortalizas (Narváez, 2006).

El siglo XVI marcó el inicio del final de las civilizaciones americanas debido a la estructura económica implantada por España. El éxito de dicha implementación se debió en buena medida gracias al mestizaje de las poblaciones, con el que se impuso el dominio económico y político en las poblaciones de toda Colombia.

El proceso de colonización transformó los referentes con los que sus habitantes se relacionaban con la laguna, además generaron migraciones y por ende mestizajes que configuraron la población campesina que habita la zona actualmente (Revelo, 2007).

Durante los siglos XVII y XVIII se “consolidó un modo de producción atrasado, semifeudal, caracterizado por instituciones de trabajo forzado como la encomienda, la esclavitud, la mita y los resguardos, cuyo resultado fue impedir el desarrollo económico de la región” (Narváez, 2006: 14).

Consecuentemente, en el periodo previo a la independencia, el departamento de Nariño se caracterizó por un fuerte atraso económico y social con relación a los demás departamentos de Colombia. Una de las principales razones era su complicada situación topográfica que lo mantenía aislado. Esto representó, sin embargo, el desarrollo de una economía de subsistencia y autoabastecimiento (Narváez, 2006).

Así llega el siglo XIX caracterizado por políticas gubernamentales del orden centralista que aún hoy afectan notablemente la historia económica del departamento, siendo uno de los más olvidados y con menos inversión desde el orden nacional.

A inicios del siglo XX se llevó a cabo la construcción de la carretera Panamericana que une el departamento de Nariño con el Putumayo, lo cual generó cambios significativos en el paisaje. Hasta entonces, los campesinos se dedicaban a la explotación forestal, a través del conocimiento tradicional que se transmitía de generación en generación, razón por la cual, esta explotación se practicaba de manera selectiva (ADC, s/f).

Con la llegada de la carretera se dio paso a un nuevo proceso de colonización. Campesinos provenientes de diversos puntos del departamento llegaron a esta región buscando nuevas formas productivas mediante la ampliación de la frontera agrícola, lo que derivó en una explotación de los recursos de la laguna y del bosque de manera discriminada (Revelo, 2007).

Lo anterior afectó notablemente la extensión y calidad del bosque, pues existía un mercado nacional de madera para la elaboración de muebles, viviendas, puentes, leña y carbón vegetal (este último usado más a nivel local, específicamente en la ciudad de Pasto) (Revelo, 2007).

De esta forma, se alteró la tradición del manejo del suelo de los campesinos quienes, pertenecientes a la cultura Andina, se caracterizaban por la realización de cultivos de subsistencia, la huerta casera o chacra, la práctica de la minga, también

conocida como mano cambiada, el uso de abonos naturales y la cría de animales para el consumo familiar.

En el marco regional, a mediados de siglo XX América Latina acumulaba una deuda externa cuyos intereses exigían pagos cada vez más altos a pesar de no reducir el monto total de la misma. Esta presión llevó a la toma de las medidas económicas determinantes para el rumbo que la región tomó en adelante. Es así como dicha deuda concedió mayor relevancia a los asuntos financieros que a la preservación del patrimonio natural, cultural y social (Martínez y Roca, 2000).

De esta manera se alinearon las políticas económicas de algunos países latinoamericanos, entre ellos Colombia, hacia la mundialización de la economía, con un auge del capital financiero con enorme capacidad de concentrar el poder (Max Neef, 1993).

Esta dinámica del sector económico se manifestó a través de medidas de liberalización del mercado: apertura económica y negociación de Tratados de Libre Comercio, entre otras. Dichas medidas se argumentaban desde la defensa de las exportaciones y de las políticas de industrialización (Martínez y Roca, 2000).

Fue entonces cuando se difundió la Economía del Desarrollo, que catapultaría al neoliberalismo, pues de la mano con el Fondo Monetario Internacional (FMI), la privatización de las empresas públicas y el incremento de las importaciones, fueron vistas como pasos necesarios para alcanzar el desarrollo, basado claro está, en el crecimiento económico (Escobar, 2007).

Para el caso de Colombia, la llegada de la década de los noventa significa la apertura económica, que aumentó en ocho veces la importación de alimentos, debilitando la soberanía alimentaria, lo cual no es visto como problemático por los promotores de la apertura del mercado agropecuario (Revelo, 2007: 205). “Es así como la agricultura, bajo esta lógica del neoliberalismo, se abre a los mercados bajo la premisa de producir lo que más valor añade y mantener un portafolio diversificado de fuentes de alimentos” (Revelo, 2007: 88).

En la laguna de La Cocha, esto representó el reemplazo de la huerta o chacra familiar por monocultivos de papa o cebolla; los campesinos se dedicaron a vender su mano de obra para intensificar la productividad de la tierra; y las mujeres y los niños se

dedicaron a la extracción de madera para el carbón vegetal y a asumir nuevos roles en el mantenimiento de sus predios y de sus hogares (Duque, 1998).

En este proceso, donde la mirada de la naturaleza como recurso estaba en pleno auge, los habitantes adaptaron sus caminos para concordar con el modelo nacional, asumiendo en sus propias experiencias cotidianas las consecuencias de esta visión instrumental de la naturaleza.

Participar en el juego del monocultivo, significó perder seguridad alimentaria, perder competitividad, perder sistemas productivos y, más tarde, perder hasta las tierras, lo que contribuyó significativamente al desplazamiento desde los sectores rurales y al fomento de la guerra (Duque, 1998: 5).

La anterior situación conllevó el incremento de las condiciones de pobreza de los campesinos y al evidente deterioro del paisaje y de su territorio, por lo cual los campesinos iniciaron un proceso de gestión comunitaria para la búsqueda de alternativas económicas con la posibilidad de permanecer en el territorio y mejorar sus condiciones de vida.

Esta respuesta es una manifestación del ecologismo de los pobres, el cual, de acuerdo a Joan Martínez Alier, es la alternativa que tienen los campesinos y los usuarios de los recursos naturales de reaccionar ante el deterioro de los mismos, pues se pone en riesgo de manera directa su subsistencia (Martínez y Roca, 2000).

Una familia dedicada a fabricar carbón de madera recibe más dinero cuanto más carbón logre comercializar en el mercado, a costa del deterioro de su ámbito local, de su salud afectada por las deplorables condiciones de trabajo; de la baja escolaridad familiar presionada por la urgencia de mano de obra, de relaciones humanas reducidas por el aislamiento social, y de la baja estima de sí mismo (Revelo, 2007: 256).

Con estas circunstancias en el panorama, los campesinos acompañados de un grupo de profesionales y amigos de la ciudad de Pasto, decidieron movilizarse para encontrar alternativas que revirtieran esta situación.

Es así como se da origen a la Asociación para el Desarrollo Campesino (ADC), una organización de segundo grado que no solo acompaña el proceso de los campesinos, sino que hace parte de él. En sus inicios, esta organización logró comprobar que el aumento de los ingresos, no significa inmediatamente incremento del bienestar.

Con la participación de 25 asociados y asociadas, las mujeres campesinas continuaron el proceso mediante la conformación de la Cooperativa Multiactiva YarCocha LTDA. que puso en marcha pequeños proyectos productivos que aportaron al ingreso de las familias (Revelo, 2007).

Aquellas que lograron hacer un manejo autónomo de los recursos y de sus proyectos, obtuvieron a corto plazo beneficios económicos más significativos que los que aportaba el hombre. La mujer fue consciente de la adquisición de libertad y poder gracias a su creciente disponibilidad económica y a la generación de espacios para la toma de decisiones familiares (Duque, 1998: 6).

Al iniciar la década de los noventa deciden declarar sus predios como Reservas Campesinas Privadas dedicadas a la conservación y al manejo sostenible de la laguna. Esta declaración fue efecto del modelo promovido por la Asociación Red Colombiana de Reservas Naturales de la Sociedad Civil, una organización nacional que propende por la consolidación de un proyecto de conservación concentrado en la sociedad civil como modelo de sostenibilidad, conservación, conocimiento y alternativas productivas.

Este movimiento campesino, resultado de la combinación de etnias indígenas y campesinas, estableció un sistema de relaciones sociales y ecológicas de producción que dio soporte a las prácticas de manejo integrado y sustentable de los recursos naturales de la laguna (Leff, 2003).

Asoyarcocha se propone implementar con las familias propietarias rurales, predios biodiversos y de producción permanente para asegurar una alimentación sana, así como transformar excedentes de producción para su comercio justo; mantener y recuperar ecosistemas naturales para contribuir al establecimiento de corredores biológicos y fortalecer, mediante un proceso de capacitación, el sistema de gestión de la organización y sus grupos activos en los que participan hombres y mujeres adultos, jóvenes y niños (ADC, s/f).

Surgió entonces un proceso en doble sentido, por un lado la estructuración de una Asociación que amalgamaba la experiencia campesina y la formación académica y cumplía con la representatividad formal necesaria para la gestión de iniciativas y proyectos; y el fortalecimiento local de una base comunitaria campesina que protagonizaba una transformación en su lógica de vida.

En medio de la implementación de las iniciativas productivas, las mujeres retomaron la tradición de la Minga. Históricamente, esta práctica basada en la

solidaridad, suplía la necesidad de mano de obra en las labores agrícolas particulares, con ello se contribuía al beneficio económico del anfitrión y de su familia (Revelo: 2007).

Los mingueros juegan un papel protagónico en su comunidad, algunos con mayor capacidad de ser propositivos y creativos pues son líderes naturales de las mismas, y por ello asumen responsabilidades con el bien vivir local, que no es diferente a la búsqueda de la felicidad. Por ello comenzamos por definir las necesidades locales, omitiendo las imposiciones de carácter político o económico con las que nos han manipulado históricamente (ADC, s/f).

De esta manera, han recuperado conocimiento científico, semillas nativas; han caracterizado su paisaje y han puesto en marcha alternativas como biodigestores, cuyeras (o criaderos para los cuyes), cercas vivas, criadero de truchas e instalaciones para otro tipo de animales domésticos entre otras. Además las mujeres se reúnen periódicamente a recuperar recetas tradicionales e incluso realizan champú, cremas y otro tipo de productos basados en su conocimiento tradicional. Los productos se venden y contribuyen a sus ingresos.

Es así como tanto la ADC como Asoyarcocha en la actualidad implementan una alternativa al desarrollo que incluye el componente económico pero desde una perspectiva que permite el rescate de la solidaridad y de iniciativas locales auténticas, que Max Neef llama como invisibles, las cuales han logrado mantenerse en un mundo excluyente, dando relevancia a una nueva forma de bienestar (Max Neef, 1993).

En cuanto a embrión para revertir la crisis, el mundo invisible crea, en función de las estrategias de supervivencia, un sinnúmero de microorganizaciones productivas y comunitarias, donde la ética solidaria que se da al interior de las mismas constituye un recurso indispensable para sobrevivir y desplazarse en un medio en el que impera la lógica competitiva (Max Neef, 1993: 90).

Contexto ambiental

La laguna de la Cocha o lago Guamués se localiza en el corregimiento de El Encano, del municipio de Pasto, capital del departamento de Nariño, en el punto geográfico donde se encuentran la región andina con la amazónica. La laguna hace parte de la cuenca del río Guamués, que a nivel ambiental está dividido por 19 cuencas hidrográficas habitadas por aproximadamente 6500 personas (Revelo, 2007).



Figura 1. V.g. Laguna de la Cocha o lago Guamués, municipio de Pasto, departamento de Nariño, Colombia (Fuente: Google maps 2014)

En los humedales y selvas cercanas se refugian una gran variedad de especies, que incluyen un destacado número de endemismos (de insectos, aves, mariposas y mamíferos) y de especies de aves migratorias. Sus bosques son el lugar de especies de maderas finas como el pino colombiano, entre otras. Es una de las zonas más ricas en especies y poblaciones de orquídeas, con un registro superior a 130 especies y más de cien mil individuos por hectárea (Revelo, 2007: 76).

La Cocha, que ocupa 39.000 hectáreas de bosque de niebla y páramo, es una de las dos grandes lagunas altoandinas existentes en Colombia y en los Andes del norte. Además, es uno de los cinco ecosistemas declarados Humedales de Importancia Internacional bajo la Convención, una categoría que los resalta como sitios de importancia mundial (ADC, s/f: 2).

En su mayoría, los humedales de páramos, jalcas y punas no son cuerpos de agua aislados sino sistemas o complejos y son, por tanto, esenciales para la dinámica de las micro-cuencas en las altas montañas así como de otros sistemas hidrográficos, pues sus aguas fluyen hacia las vertientes de la Amazonia o hacia las costas del océano Pacífico o del mar Caribe. Pero además de ser importantes como fuentes de

agua, los humedales altoandinos tienen una diversidad biológica singular (WWF, 2006: 2).

Este humedal cuenta con un área de 225.000 hectáreas, de las cuales 4250 corresponden al espejo de agua. Tiene una extensión de 14 Km. de largo y 5.4 Km. en su parte más ancha, 75 metros de profundidad que alberga 1554 metros cúbicos de agua (ADC, s/f).

Su nombre, Cocha, en idioma quechua (esta lengua tiene diferentes denominaciones en países andinos como Ecuador, no obstante se refiere a la misma familia lingüística) quiere decir lago hembra; en tanto que Guamués para los chibchas significaba “Región montañosa” o “región de los peces”. En el centro del cuerpo de agua está la isla La Corota, declarado por Parques Nacionales Naturales como Santuario de Flora.

“El Santuario de Flora Isla de La Corota es el área protegida más pequeña del país; con 16 Hectáreas, de las cuales 12 Hectáreas corresponden a Bosque y una franja de Totora o Junco (*Scirpus californicus*) de 4 Hectáreas a su alrededor” (Parques Nacionales Naturales de Colombia: s/f).

La complejidad del sistema de humedales de la cuenca del Guamués es de vital importancia para regular el equilibrio ecológico de la región. De esta manera aporta a la estabilidad hídrica de los ríos Guamués, Putumayo y Amazonas; al tiempo que brinda nutrientes para garantizar la fertilidad de sus suelos (Revelo, 2007).

Además contribuye como fuente descontaminante de aguas residuales; genera vías de comunicación e intercambio de productos con las zonas bajas, controla las inundaciones y retiene sedimentos (Revelo, 2007).

A pesar de la clara importancia ecológica de este sistema de humedales y páramos, las decisiones políticas y económicas han puesto la conservación de este humedal en serio riesgo. Es así como a finales de la década de los noventa, el gobierno local empezó a promover la construcción de una central hidroeléctrica que tomara agua de la laguna con el fin de abastecer a la ciudad de Pasto (con cerca de 400 mil habitantes).

El proyecto Multipropósito Guamués (PMG) incluye la construcción de una central hidroeléctrica con una capacidad instalada entre 367 y 482 MW, dependiendo del caudal ecológico que se preserve en el cauce del río Guamués; además permite atender, a partir del año 2025, los incrementos de agua potable de la ciudad de

Pasto y sus alrededores, y también, prevé el suministro de agua para riego de una extensión de 4208 hectáreas en la zona aledaña a dicha ciudad. (Duque, 1998: 8).

Desde el punto de vista ambiental, este proyecto significaba una gran amenaza para el mantenimiento de esta región, además implicaba la transformación total del uso del suelo y por ende de las tradiciones de la región.

“Al surgir el PMG, que pretendía cambiar el curso de la vertiente amazónica a la Pacífica (...) empezaron a surgir controversias de parte de la comunidad a favor o en contra del proyecto” (Revelo, 2007: 80).

Las acciones de respuesta se dieron en diferentes frentes, desde lo institucional se aliaron con la Universidad de Nariño, con la Fundación Ecovida, con WWF Colombia, la Corporación Asesorías para el Desarrollo (Asdes), Parques Nacionales Naturales de Colombia, y entre otras, para la búsqueda de una figura de protección contundente que detuviera la construcción del PMG; desde lo comunitario, fortalecieron sus grupos locales y pusieron en marcha la caracterización biológica del humedal (WWF, 2010).

La figura de conservación que se ajustó a las características del problema y a la magnitud de la laguna, fue el de Humedal de Importancia Internacional bajo la Convención Ramsar. Esta convención,

es un tratado intergubernamental en el que se consagran los compromisos contraídos por sus países miembros para mantener las características ecológicas de sus Humedales de Importancia Internacional y planificar el uso racional o uso sostenible de todos los humedales situados en sus territorios (Ramsar, s/f).

Colombia es miembro de esta Convención desde 1997, y en abril de 2000, bajo el decreto 698 el país suscribió su segundo humedal de importancia internacional: la laguna de La Cocha o Lago Guamués y el complejo de humedales asociados, el complejo de páramos, turberas y zonas inundables (Revelo, 2007).

De acuerdo con la ADC este proceso cubre tres caras. Por un lado la conservación de la laguna, que tuvo como principal efecto la interacción, las alianzas, la sensibilización e integración de todos los miembros de la comunidad. Por el otro, un aspecto jurídico, que consolidó herramientas legítimas para la defensa ante amenazas como el PMG a través de formación y veedurías ciudadanas. Finalmente en la parte organizativa permitió el surgimiento de un frente común soportado en la recuperación del conocimiento y de la solidaridad (ADC, s/f).

A partir de la declaratoria del humedal como Sitio Ramsar, se trabajó en su plan de manejo y los proyectos de conservación de la Red de Reservas Campesinas de la Cocha (Asoyarcocha).

La oposición de la sociedad civil contra el PMG fue respaldada por el Ministerio del Medio Ambiente, Vivienda y Desarrollo Territorial y en 2002 declaró “que ninguna de las alternativas propuestas para el desarrollo del PMG, eran viables por los impactos ambientales y sociales que causaría” (MADS, 2002).

El proceso de resistencia al megaproyecto se dio paralelo al fortalecimiento del proceso organizativo que enfrentaría amenazas a la base natural ocasionadas por la presión generada por las tendencias productivas originadas en el modelo económico de Colombia.

La decisión de los campesinos de declarar sus predios como reservas campesinas permitió no solo la integración y participación familiar, sino también una apuesta por asumir una forma alternativa de relacionarse con la naturaleza.

Así en 1992, con esta conciencia nació la Red de Reservas Naturales Campesinas de La Cocha, donde cada una de nuestras familias amamos cada rincón de nuestros bosques, respetando la vida en todas sus formas. Así, con el tiempo cuál sería nuestra sorpresa empezaron a llegar nuevamente las pavas, los tucanes, los pericos de montaña, los venados, las dantas, los osos, los pimangos y otros tantos (ADC, s/f).

Así, empezaron por voluntad propia a conservar relictos de ecosistemas naturales, donde priman los principios de conservación de la biodiversidad y en los que con la ayuda de los asesores de la ADC, poco a poco fueron descubriendo los beneficios de conservar el entorno natural, consiguiendo entre otros, el crecimiento de la autoestima, desarrollo de capacidades de aprendizaje, mejoramiento de vivienda, generación de ingresos, mantenimiento del paisaje, repoblamiento de especies vegetales y animales gracias al respeto de su entorno natural e incremento de fuentes y de caudales de agua.

La conformación de la Red de Reservas fue el resultado de la unión de afectos y compromisos de parte de varias familias que iniciaron un proceso de organización a través de la conformación de una Cooperativa. En todo este camino, los señores esposos al ver la proyección de sus mujeres, decidieron abandonar el carboneo para ayudar dentro del predio familiar, recuperando actitudes más tradicionales (ADC, s/f).

Uno mira que la diferencia es altísima si compara la reserva de uno con otro predio de algún vecino, mientras nosotros ya estamos apuntándole a la conservación de los recursos naturales, manejamos una producción integral que además, está destinada para el autoconsumo; los vecinos se dedican solamente a la producción de cebolla o mora, tienen que estar comprando el resto, y necesitan más espacio para producir. Nosotros con las reservas apostamos a un espacio de convivencia más armónico (B3).

Actualmente, un total de 53 reservas hacen parte de la Red de Reservas de La Cocha, con un cubrimiento en hectáreas de 3100. En total si se suma el área ocupada por las reservas naturales, el espejo de agua, las reservas del Estado y el bosque que no ha sido explotado un 65% de la cuenca se conserva en buen estado (Revelo, 2007).

La Red de Reservas Naturales de La Cocha es una red de propietarios privados que voluntariamente destinan sus predios a actividades de conservación y producción mediante una multiplicidad de actividades entre las que se destaca la prestación de servicios ambientales, producción y regulación de agua, conservación de la biodiversidad, revegetalización, control de la erosión, reforestación, reciclaje, conservación de especies nativas y educación ambiental (Revelo, 2007: 321).

De este modo, una Reserva Natural Privada es un sistema donde se integran los aspectos biofísicos como flora, fauna, hidrografía, suelos, recursos genéticos, etc. En la dinámica social campesina e indígena de los propietarios y sus comunidades, garantizando la conservación de los recursos naturales, la identidad étnica y la permanencia de los pobladores en sus zonas rurales (Revelo, 2007).

En Colombia la figura de la Reserva Natural Privada tiene reconocimiento por la Constitución de 1991 como una figura de conservación legítima que puede estimular estímulos ambientales para su implementación. De esta manera son una alternativa efectiva de conservación ya que las familias comprometidas deciden conservar a perpetuidad los fragmentos de importantes ecosistemas naturales, al tiempo que se le estimulan actividades productivas y de concienciación ambiental.

Hoy las familias hacen uso más racional de los recursos naturales, ya que destinan en promedio el 66% de sus predios a la conservación, mientras que las familias no beneficiadas destinan sus terrenos a otras actividades como monocultivos y pastizales, entre otros (ADC, s/f).

Los suelos de las familias campesinas involucradas en este proceso están experimentando un mayor nivel de sostenibilidad porque están produciendo más, mejores y más sanos productos con un grado mínimo de intervención y por ende de impacto. Desde lo cuantitativo, la reducción del uso de agrotóxicos y las técnicas productivas utilizadas aseguran que el suelo presente un mínimo de desgaste, que

sumado a prácticas tales como compostaje, rotación de suelos y lombricultura, garantizan el buen nivel de eficiencia en el ciclaje de nutrientes y por ende del suelo (ADC, s/f: 13).

Además de lo anteriormente mencionado, en el campo ambiental se puede mencionar la reforestación y regeneración del bosque nativo, la recuperación de flora fundamental para la subsistencia de otras especies vegetales y animales.

Con relación al acceso del recurso agua se ha realizado una evidente recuperación de fuentes y nacimientos, de tal manera que en la actualidad el 100% de las familias de Asoyarchocha cuentan con suficiente provisión de agua potable para el consumo humano y para el soporte de sus actividades productivas (ADC, s/f).

Actualmente más de 50 familias conforman Asoyarchocha, un proyecto socioambiental que tiene como eje principal la conservación de los ecosistemas naturales y el desarrollo de alternativas productivas, de educación ambiental, investigación, recreación, ecoturismo y alimentación (Duque, 1998).

Los resultados se aprecian en la felicidad personal, familiar y grupal. En áreas conservadas y en recuperación. En un inventario de 136 aves y en la protección de especies vulnerables; en la recuperación de recursos genéticos agrícolas y pecuarios que inciden de manera directa en la seguridad alimentaria familiar; en innovaciones tecnológicas adecuadas, y en la construcción de corredores biológicos naturales que conectan las reservas con las zonas de páramos (Revelo, 2007).

Dicho proyecto plantea una alternativa al desarrollo fundamentada en una visión y relación de la naturaleza como espacio de vida, el cual sobrevive en medio de un modelo de desarrollo altamente extractivo cuya visión de la naturaleza se limita al recurso y la propiedad privada.

CAPÍTULO III

ANÁLISIS DE LA INFORMACIÓN: DESARROLLO, CAMPESINADO Y GÉNERO

Las decisiones del Estado y sus consecuencias en la población campesina

Como se ha mencionado, la transformación social y ambiental experimentada en la laguna de La Cocha durante en la primera mitad del siglo XX fue resultado de una serie de decisiones tomadas por el gobierno colombiano en función de la implementación de un modelo de desarrollo fundamentado en el crecimiento económico como indicador de bienestar del país.

Este modelo liberal, y posteriormente en el neoliberal, llega a Latinoamérica de la mano de una dinámica global que posicionó a los países con mayor crecimiento económico como el centro de la dinámica económica donde los países en desarrollo, se ubican como productores - exportadores de materias primas (Wallerstein, 2001).

Esta dinámica económica y política se ha fundamentado en fenómenos como la globalización de las finanzas y del capital, de los mercados y de sus estrategias para competir, en la expansión de la tecnología y el concepto de desarrollo, de las formas de vida y de los modelos de consumos, así como en las tendencias reguladores y de liderazgo asumidas por los Estados (Revelo, 2001).

En América Latina, lo anterior se tradujo en una serie de políticas públicas relacionadas con la producción agraria, la educación, la tenencia de la tierra, entre otras, las cuales moldearon la realidad del campo en Colombia y generaron una transformación en los significados de bienestar, calidad de vida y desarrollo. Condiciones que en la cotidianidad del campesinado nariñense (y de Colombia en general) se tradujeron en el surgimiento de marcadas desigualdades sociales, económicas y políticas, las cuales se manifiestan de una generación a otra, principalmente en las limitaciones en el acceso a la tierra, a los bienes y servicios ambientales, y al potencial para desarrollar plenamente las potencialidades del sector (Molano, 2013).

Los campesinos colonos que llegaron a esta región del departamento de Nariño provenientes de la ciudad de Pasto o de municipios y corregimientos cercanos, se encontraron con un territorio amplio, una tierra sin explotar y habitada por algunos

descendientes de los indígenas Quillacingas y Pastos. Aquí llegaron con el fin de trabajar la tierra y hacer sus familias. Empezaron a abrir trocha, a limpiar el monte y a montar sus viviendas y sembrar pequeños cultivos de papa, habas, cebolla, mora silvestre; levantar ganado y criar cerdos, gallinas y cuyes a escala familiar. Si bien también explotaban el bosque para la extracción de madera y para el carboneo, la magnitud de dicha explotación era también a escala doméstica.

De esta forma obtuvieron la tenencia de la tierra y transformaron la dinámica del paisaje, generando una nueva dinámica social y económica donde

Tenían una relación directa y especial con la tierra y la naturaleza a través de la producción de alimentos u otros productos agrícolas. Trabajaban la tierra por sí mismos y dependían mayormente del trabajo en familia y otras formas de pequeña escala de organización del trabajo. Generaron una dinámica tradicional de integración con sus comunidades locales y mantuvieron el entorno natural y los sistemas agroecológicos (Molano, 2013: 95).

En ese marco criaron a sus hijos, que actualmente cuentan con 60-70 años, quienes al recordar su infancia resaltan:

Nosotros antes teníamos una huerta grandota de cebolla, antes se sembraba harta haba, un bulto de haba salía. Por aquí también empezábamos a sembrar papa. Antes no se echaba abono, se sembraba y se la cultivaba no más y se hacía buena papa. Se tenía para comer, se tenía para vender cuando había harta papa (B2).

Esta fue la generación que experimentó la transición entre la economía de subsistencia y una economía netamente productiva. En su juventud, cuando iniciaron la conformación de sus propias familias experimentaron políticas de Estado que promovían el empleo remunerado y la producción extensiva para la generación de recursos económicos. De esta forma muchos se emplearon como jornaleros y vendieron sus tierras para la expansión de monocultivos; lo cual transformó no solo las relaciones con la tierra sino su visión de la misma y en consecuencia se vislumbra una ruptura generacional.

La relación de nuestros padres con la tierra era muy distinta, a ellos los vimos trabajando para producir, pero se hacía en los volúmenes necesarios. Ahora que lo pienso, ellos se integraban y se adaptaban al entorno natural de tal manera que no provocaban grandes cambios, a pesar de que estaban convencidos que los recursos eran inagotables (A1).

La alineación de esta generación a las políticas economicistas fue la única alternativa posible, es así como la explotación del bosque se configuró en la principal vía de

acceder a recursos económicos para la satisfacción de necesidades como la alimentación, la educación, el transporte, la salud, etc.

Porque los ingresos eran muy poquitos y era muy difícil conseguir. Se necesitaba cubrir arroz, papa, pasta y maíz. No se producía porque el trabajo del carbón y madera no deja tiempo para producir, para trabajar en la agricultura. También había mucha enfermedad, desde desnutrición y mucha mortalidad de los niños, diarreas, vómitos (A1).

Esta transformación coincidió con consolidación de los modelos de desarrollo liberales y neoliberales, que desde la década de los 70 apostaron por la acumulación del capital y el consumo como indicadores de bienestar de la población. Como parte de ello, en Colombia entra en auge la Revolución Verde, una política nacional que fomentaba el riego, la fertilización química, los herbicidas y la mecanización como políticas de estado que incentivan la exploración masiva del campo (Revelo, 2007).

El país adoptó este modelo entre la década de los 60 y finales de los 70 con el fin de estimular la productividad de los cultivos de arroz de riego, sorgo, soya y caña de azúcar, y de esta forma:

Entre 1970 y 1987 las hectáreas dedicadas a la agricultura pasaron de 3.5 millones a 5.3. Mientras tanto, la superficie de pastos creció en forma sostenida hasta finales del siglo XX cuando alcanzó un tope de 40 millones de hectáreas (Corrales, 2002 en Revelo, 2007: 195).

La estructura productiva del país se fragmentó en tres formas básicas: la empresa agropecuaria capitalista, el latifundio ganadero y la producción familiar o comunitaria (Revelo, 2007). Dicha producción familiar o comunitaria, no obstante, al llegar los años 80, apenas sobrevivía y esto era experimentado por comunidades locales como los campesinos de la laguna de La Cocha (hijos de los colonizadores de principio de siglo).

Lo normal era los monocultivos de mora de cebolla. No había diversidad sino que solo el monocultivo o sino más que todo la explotación del bosque, sin huerta. Si acaso una o dos vaquitas pero en grandes extensiones de potrero y trabajaban cada vez más con el bosque, monocultivo de mora con gran cantidad de agroquímicos. Todavía prevalece este panorama (A1).

La legitimación de este modelo transformó de una generación a otra las relaciones sociales y familiares del campesinado de la zona andina del sur de Colombia.

La pobreza y la ignorancia, fueron vías de exclusión y de rupturas culturales que derivaron en una crisis social y ambiental de gran magnitud, que al mismo tiempo, se

constituyó en el escenario ideal para la instauración del concepto de desarrollo como una necesidad urgente que debía provenir desde la intervención central y externa para la transformación hacia un modelo preexistente y homogenizante (Escobar, 2007).

Porque como yo siempre digo, es que a la zona rural la han tratado tan feo. Son los pobres, son los tontos, son los feos, son los que no saben nada y a ellos hay que mandarles un desarrollo, pero nunca nos han enseñado desde otros espacios a valorar el campo. A nadie le han enseñado a que se enamore de su cultura (B3).

De esta forma, en los ochenta la intervención social en la zona incentivó la capacitación técnica, la educación formal, la puesta en marcha de proyectos productivos que contrataban la mano de obra como generación de ingresos para las familias, los empleos informales y los subempleos.

Acá tuvimos una mala experiencia con la Caja Agraria. En ese tiempo hicieron unos créditos para reforestación para sembrar eucaliptos, pino ciprés, pino espátula, con la promesa de que cuando los árboles estén ya de cortar, que iban a cortar. Que iban a traer a cartón de Colombia para que compre toda la producción, y resulta que cobraron asistencia técnica, nunca la prestaron. Entonces los sembramos con todo y bolsa y empezaron las raíces a salir hacia arriba y empezaron a secarse los árboles porque no prestaron asistencia técnica. Cuando los árboles estaban ya de corte, nadie nos compró, nadie ofreció nada, entonces esos créditos estaban ya a punto de remate, ya estaban en cobro jurídico y entonces mucha gente quedó sin tierra (A1).

Sujetos a este panorama los adultos empezaron a desconocer sus raíces y adoptaron el modelo a pesar de que ello significaba la vergüenza de sus tradiciones y prácticas.

A mí me daba vergüenza ponerme las botas, ir a trabajar la tierra, eso del monte se volvió muy duro para uno y pues cuando uno sale tiene la oportunidad de ver y conocer cómo viven los otros y uno dice, no yo ya no quiero esto, yo quiero salir conseguir un trabajo, que me paguen el jornal y ya, hasta en algún momento pensé en vender la tierra para irme para Pasto (A2).

Las actividades de subsistencia poco a poco fueron desplazadas y el principal modo de ingresos consistía en emplearse como mano de obra. Fue así como forma buena parte de los hombres se empleó como jornalero en otras fincas productivas o en trabajos ofrecidos por el Estado tales como construcción de vías, albañiles, etc.

En ese tiempo yo me fui a trabajar a la carretera, trabajé así durante 18 años. Me iba desde el lunes y venía el fin de semana a visitar la familia. Eso era duro porque yo tenía que preparar mi comida y estar solo. La mujer acá con los hijos. Nosotros en la Carretera. Con esa plata se compraba la comida, pero eso no era suficiente para todo lo que se necesita cuando uno tiene hijos (A2).

De esta forma, las actividades productivas a las que esta población que quedaba en los predios accedía, consistían principalmente en la extracción de madera para su comercialización y la producción de carbón vegetal. Las condiciones de dichas labores eran precarias y afectaban notablemente su calidad de vida pues deterioraba la salud e involucraba incluso a los más pequeños. La zona paramuna de la laguna los sometía a bajas temperaturas, estaban mojados gran parte del tiempo y realizaban grandes esfuerzos físicos para obtener la carga.

Antes como no había motosierra sino que para aserrar utilizaban dos hombres y con los serruchos que cerraban con una talanquera, que era bien formada, con unos palos bien dobles y entonces ponían la troza en lo alto y el uno se ponía arriba y el otro abajo y halaban y así disque halaban el serrucho, y así partían la madera. Entonces para mantener todos esos peones tenían que traer las cosas (B2).

Cuando llegaba el momento de comercializar, se enfrentaban a la figura del intermediario, quien proveniente de la ciudad de Pasto y con el capital suficiente para la compra de la madera, realizaba el pago adelantado a los campesinos entregando mercado de alimentos (remesa) y otros productos para toda la familia. Este sistema era conveniente para el intermediario pero distanciaba a los campesinos de cualquier posibilidad de ahorro o de una administración autónoma de sus ingresos.

A nosotros nos anticipaban el pago por la compra de la carga, del carbón y de la madera. Nos daban una remesa, una remesa que se pagaba con trabajo, sacando carbón y sacando madera. Y lo que ellos hacían era que tenían su granero en el puerto y apenas se acababa de descargar, a veces lloviendo, pues ofrecían era una mediecita de aguardiente para el frío y de ahí seguían los hombres. Muchos llegaban a casa sin remesa a la casa, el esfuerzo de toda la familia se lo tomaban. Muchas veces sacaban la remesa fiada, o llegaban sin nada (A1).

De acuerdo con el Convenio de Abolición del Trabajo Forzoso de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), la servidumbre por endeudamiento o peonaje por deuda, puede implicar que el acreedor utilice la condición del deudor para exigirle trabajo o servicios personales para cumplir con el pago de esa deuda. Lo cual implica un trabajo en condiciones forzosas frecuentemente en labores asociadas a la extracción de madera que tarde o temprano somete a la mayoría de los trabajadores endeudados un estado de semiesclavitud (Bedoya A, Bedoya E, Belser, s/f).

Además del trabajo forzoso y de la baja productividad económica que implicaba esta actividad, la deuda abonó el terreno para la pérdida de la tenencia de la tierra y

favoreció la su compra por parte de grandes productores agrarios dedicados a la comercialización y venta de mora, cebolla, trucha, papa, etc.

“Resultó que yo estaba regalándole mi trabajo al intermediario por más de seis meses y entonces que ahí no teníamos solución, para desendeudarnos era preferible vender la tierra y entonces si se hacía eso, luego qué hacíamos nosotros” (B1). Con ello se hace evidente que

Bajo el concepto de desarrollo agrícola, las leyes, en su mayoría creadas estratégicamente propician la acumulación de tierras en muy pocas manos, estimulando el monocultivo, que además ser una estrategia productiva, condiciona a las regiones a volverse exclusivos de un producto para acceder a mercados impositivos (Revelo, 2007: 197).

Se trataba de una estructura que favoreció la concentración de la tierra y que generaba relaciones competitivas entre las grandes extensiones de tierra de los dueños del capital y los pequeños predios campesinos, quienes contaban con recursos económicos cada vez más limitados que no les permitían acceder al control sobre su territorio (Revelo, 2007). En consecuencia

La difusión del mercado de las tierras causa un resquebrajamiento intergeneracional. Hasta hace algunas décadas en diversas sociedades no capitalistas, la tierra era percibida y manejada a través de sucesivas generaciones como parte de la propiedad común, colectiva o familiar, de esta forma, cada familia tenía sentido de identidad y de continuidad con las generaciones futuras (Bedoya, s/f: 231).

Buena parte de las tierras de los campesinos pasó a manos de propietarios privados con gran capital económico. En contraste, los campesinos se enfrentaron a un fuerte deterioro del entorno y su calidad de vida. La salud, la educación y la alimentación daban cuenta del abandono del Estado y de la vulnerabilidad de los campesinos.

Sobre esta base social, los procesos económicos se encaminaron a la instauración de unos ideales de bienestar fundamentados en el consumo, lo que a su vez impuso una jerarquía de necesidades y de concepciones de la realidad donde se vivió una desvalorización de los recursos propios, empobreciendo la escala de los valores de las comunidades (Elizalde, 2000).

La demás gente ha de haber sido que no les gustaba sembrar lo de por aquí, entonces esos vecinos se dedicaban solo a carbonear y la madera, o sino a irse a trabajar a Pasto (B2).

La pérdida del enraizamiento en la tierra y sus formas tradicionales de producción, sumados a la llegada de nuevos valores y necesidades, constituyeron el escenario para que los conflictos sociales y ambientales tensionaran la estabilidad cultural las comunidades de la laguna (Leff, 2003).

“Que los niños no iban a la escuela, solamente un añito, que los jóvenes que lograban salir de la casa, apenas a los 12 años ya se iban, primero a trabajar a donde los vecinos, luego iban saliendo a emplearse en Pasto” (A1).

De esta forma, el ejercicio del modelo hegemónico basado en la noción de la naturaleza como objeto de dominio de la ciencia y de la producción, favoreció al surgimiento de una visión de la laguna y su riqueza natural y cultural como un objeto o materia prima a ser gerenciado, sin tener en cuenta los contextos locales y sus consecuencias en las comunidades.

Por lo tanto la segunda generación de campesinos de la laguna de La Cocha atestiguó una economización de la naturaleza donde las relaciones de poder se entretejieron entre los mundos de las personas y un mundo globalizado (Escobar, 2000 y Leff, 2003).

“Nosotros no veíamos árboles, pájaros, bosque. Nosotros aprendimos a ver troncos y trozas para vender. El bosque era el recurso de donde obteníamos la plata para el diario” (B2).

Para profundizar en las consecuencias de la desnaturalización de la naturaleza, la ecología política revisa la significación, valoración y apropiación de la naturaleza por parte de los actores sociales, pues dichas valoraciones están inmersas en una serie de relaciones de poder desde donde se orientan los deseos, las utopías, los proyectos, las visiones del mundo guiadas por intereses individuales, imaginarios y sociales (Leff, 2003).

En la modernidad, la naturaleza se convirtió en objeto de dominio de las ciencias y de la producción y de esta forma, se externalizó de todo el proceso económico. Es decir, pasó a ser objeto de conocimiento y en materia prima del proceso productivo, la naturaleza convertida en recurso, mediante un proceso de racionalidad contranatural (Leff, 2003).

Dicha racionalidad contranatural encontró en los gobiernos liberales y neoliberales de Colombia la plataforma para moldear la historia de las tres últimas generaciones de campesinos en la laguna de La Cocha, lo cual se hace evidente en la ruptura generacional previamente planteada desde aspectos socioeconómicos tales como las actividades productivas y las formas de tenencia de la tierra.

Sin embargo, existen otras corrientes de la ecología política que permiten otra mirada a los conflictos sociales y ambientales, por ejemplo, corrientes interpretativas en donde la naturaleza deja de ser un objeto dominado y pasa a ser “un cuerpo a ser seducido- resignificado – reapropiado (Leff, 2003: 5). Y basado en ello, se convierte en un paradigma que se centra en la comprensión de lo real y del conocimiento como un sistema de relaciones que da un giro de un sistema mecanicista a uno ecológico (Leff, 2003).

Es quizá bajo estas miradas que nos permitimos observar la transición de la visión de la naturaleza que se vive entre los campesinos de La Cocha entre 1980 y 2000.

La evidente crisis económica y ambiental de la laguna llevó a que las familias, en cabeza de algunas mujeres, buscaran alternativas que les permitieran transformar su situación. Algunos pequeños comerciantes del Encano y algunos líderes comunitarios iniciaron una serie de reuniones para realizar una compra colectiva de productos para comercialización y montar su propio granero comunitario, y así generar ingresos y poder distanciarse del intermediario.

Así se conocieron algunos de los asociados campesinos de las veredas circundantes al corregimiento de El Encano. Posteriormente con el apoyo de la ADC gestionaron fondos del gobierno canadiense y dieron inicio al fondo rotatorio para los pequeños créditos.

La Cooperativa Multiactiva Coyarcocha empezó en 1980 con 25 fundadores individuales quienes invirtieron en la tecnificación de los cultivos de mora, en la crianza y venta de cuyes, cultivo de papa, cebolla, haba, etc. Todo en una escala doméstica con el fin de disminuir las necesidades insatisfechas y apuntarle a un mayor bienestar de los campesinos.

Nosotros no nos inventamos nada, solo volvimos a aplicar lo que alguna vez se vió por acá. Con los pequeños créditos lo que se hizo fue tecnificar, esto con la asesoría de los técnicos de la ADC. Todo el tiempo estuvimos en capacitaciones y

para poner en práctica y trabajar, recuperamos el trabajo de la minga. La minga es una tradición que recuerdo desde que era pequeña. Se reunían todos los vecinos en una casa, esa casa brindaba la comida y todos trabajaban bien sea cercando el ganado, abriendo trocha, sembrando o cosechando (A1).

Con la implementación de los pequeños proyectos, las familias aportaron al pago de la deuda y empezaron a organizar sus casas, a pagar la educación de sus hijos y a tener más calidad de vida. Con el trabajo colectivo y el tiempo compartido surgieron lazos afectivos y sentido pertenencia.

Con los créditos comprábamos todo lo necesario para tecnificar nuestras iniciativas de toda la vida, pero ahora otra vez hechas para aportar a la satisfacción de nuestras necesidades de alimentación, vivienda, salud, educación, etc., Entonces teníamos que buscar la mano de obra, y entre los asociados nos reuníamos para levantar las cuyeras, los cultivos, cosechar, abrir las zanjas, etc. Así nos fuimos involucrando todos y de una vez nos abrimos a otras veredas (A1).

La posibilidad de involucrar a más familias y vecinos en las iniciativas permitió la expansión de la Cooperativa y en menos de un año, pasaron de ser 25 a más de 150 miembros. Los ingresos generados aportaron a la deuda con el intermediario, a la mejora de las viviendas, al ingreso de los hijos a la escuela y a otras actividades como viajes, capacitaciones y otras alternativas de educación no formal.

Cuando se empezó con la organización fue que se puso a cambiar todo. No con todos, porque hubo gente que no, pero a otros sí. Ya no se iba al monte, se sembraban las moras, cebolla. Se pagaron los créditos y quedaba para una que otra mejorita y hasta para aportar para los gastos de la escuela de los hijos (B1).

El proceso productivo estuvo paralelamente acompañado por una serie de capacitaciones para el fortalecimiento organizativo, lideradas por la ADC. Los campesinos y campesinas realizaron mingas de pensamiento para reflexionar sobre ellos mismos y su situación, realizaron censos, rescataron tradiciones ancestrales mediante la escucha a los abuelos, caracterizaron el paisaje y revisaron su diversidad biológica y cultural.

Cuando empecé a asistir a las reuniones conocí al director de la ADC y a otros miembros de Pasto. Recién estaba conformándose la ADC y por eso yo soy cofundadora., Entonces me gustó, porque era como que reflexionábamos sobre qué estaba pasando en la Cocha. Empezar a pensar cuántos éramos, cuál era la población, nunca se nos había ocurrido. Era como hacer un censo de las familias y de conocer las veredas y todo el paisaje donde vivíamos. Fue aprendiendo que hicimos nuestro proceso como organización (A1).

Una vez las familias transforman su situación de pobreza extrema y logran mayor integración, empiezan a ser más conscientes de diversos significados y relaciones con su entorno natural. En ese sentido, por un lado cuentan con el referente de sus padres de la laguna como fuente inagotable de todos los recursos necesarios para la vida: agua, vivienda, salud, alimentación; y por el otro, debido a su propia vivencia han forjado una visión donde dichos recursos solo pueden dimensionarse como la materia prima necesaria para el alcance de ingresos económicos apenas justos para la reproducción de su vida.

Con la estabilización económica de sus hogares su pensamiento va más allá. Una vez establecidos los cultivos y garantizada la reproducción de las actividades para la satisfacción de las necesidades de sus familias, los asociados, como parte del proceso de fortalecimiento organizativo acompañado por la ADC, intercambian experiencias con otras iniciativas locales comunitarias y con otras organizaciones de la sociedad civil que en Colombia movilizaron iniciativas de desarrollo sostenible y conservación de la Naturaleza, como es el caso de la Asociación Nacional de Reservas Naturales de la Sociedad Civil.

A finales de los ochenta, entrando en los 90, el director de la ADC viajó a Anaime y conoció la experiencia de esa reserva y luego fuimos algunos de los asociados, y conocimos cómo ellos tenían organizada la producción con biodigestores, tenían senderos para las visitas y habían creado programas de educación ambiental para que los visitantes se sensibilizaran acerca del valor de la naturaleza para la vida humana (A1).

Con la generación de ingresos y las mejoras del hogar, los campesinos bajaron la tala indiscriminada de bosque, disminuyeron el consumo de agroquímicos, diversificaron su producción agrícola y en consecuencia, fueron testigos de la regeneración paulatina de la cubierta boscosa, el retorno de algunas especies de flora y fauna e incluso de la restauración de las fuentes de agua.

Como dejamos de talar y así sea de a poquitos bajamos el consumo de los abonos y los herbicidas. Empezamos a ver cómo reverdecía la vida. Los colibríes volvieron, el agua reapareció, las casas se llenaron de flores. Era el cuerpo de agua rodeado de bosque, de vida (A1).

Con la posibilidad de reconocer los cambios en el entorno y con otras experiencias compartidas, los campesinos se hacen conscientes de una nueva relación con los recursos naturales y con la laguna misma. Comienzan a expresar mayor valoración de la

belleza de las aves, retoman prácticas ancestrales e involucran a sus hijos en actividades de formación directamente relacionadas con el conocimiento de su entorno y de sus raíces.

Qué íbamos a pensar que acá nuestra casa iba a llegar el colibrí, los tucanes. Qué iba yo a creer que este proceso de sembrar poquito y variado me iba a dar más que la ganadería, y mire ahora. Disfrutamos del agua (tenemos 14 nacimientos), de las flores, de las aves, de la laguna (B1).

De acuerdo con la ecología política, en el encuentro, confrontación e hibridación de racionalidades desemejantes (opuestos dialécticos), es donde surgen nuevas identidades culturales en torno a la defensa de las naturalezas y a partir de ahí, estrategias novedosas para el aprovechamiento sostenible de la naturaleza (Alier, 1997).

Puede decirse entonces que la racionalidad económica impulsada por el gobierno central generó una serie de desigualdades sociales y ambientales que a su vez fueron el punto de partida para una racionalidad local cuya expresión fue excluida por la relación de dominio establecida entre el gobierno y los campesinos.

En la confrontación de la racionalidad dominante con aquella que excluye se rompe con la identidad de la igualdad y la unidad de lo universal. Es ahí donde se hace evidente la tensión entre una razón unidimensional y la valoración de la diferencia del ser, que al final es el campo de poder en el que se sitúa la ecología política (Alier, 1997: 8).

En este contexto algunas de las familias campesinas asociadas en la cooperativa multiactiva deciden declarar sus predios como Reservas Naturales Campesinas de la Sociedad Civil, una categoría de manejo reconocido por la constitución nacional como una alternativa que da vía a la sostenibilidad de los recursos naturales, permite la expresión cultural tradicional de las comunidades locales y genera alternativas económicas en armonía con la naturaleza y las necesidades de las personas (ADC, s/f).

En 1990 las familias campesinas de Coyarcocha deciden dar inicio a la Asociación de Reservas Naturales Campesinas de la Sociedad Civil, Asoyarcocha con el fin de

Mejorar las condiciones de evolución natural de las especies allí presentes, de conocer e interrelacionarse con la naturaleza buscando mayor armonía, de hacer del suelo uno de los recursos naturales más preciados utilizando tecnologías adecuadas para evitar su deterioro, de proteger los nacimientos, los cauces y los cuerpos de agua preservándolos de la desaparición y contaminación, y promoviendo campañas

para la sensibilización acerca de la importancia de la conservación del agua como fuente de vida (ADC, 1998: 10).

De este acercamiento a la naturaleza surgió el interés por conservar la laguna en función de la relación de pertenencia que los campesinos empezaban a despertar con este territorio, generando una lucha que, desde la diferencia y la reivindicación de las formas locales, llevaba consigo un reclamo por el derecho a ser, lo cual incluía un reconocimiento a la naturaleza y a los derechos humanos (Leff, 2003).

De esta manera, la conciencia ecológica que abanderaban los campesinos constituía una posición política frente a la indiferencia existente en las relaciones de poder. En este sentido, la laguna se convirtió en el centro de una reinterpretación colectiva donde ella misma es reconocida como un elemento fundamental de poder y de posicionamiento en el espacio local (Stolen, 1997).

Empezar a descubrir dónde vivíamos, cuáles eran nuestros problemas, qué era lo que habíamos perdido, era como hacer un diagnóstico nosotros mismos: qué teníamos, ¿qué había desaparecido? Entonces es cuando uno empieza a valorar mucho el entorno, cuando hace la investigación, cuando participa, pregunta, conocer. Vivir la naturaleza, experimentarla para decir, si, aquí había tal cosa, pero ¿qué pasó? Pues que no valorábamos lo que teníamos. Entonces era uno mismo hacer ese análisis y tomar acciones para transformar las situaciones (A1).

Esta visión de la naturaleza como epicentro para el enraizamiento de una serie de acciones que fortalecerían la cohesión de Asoyarcocha, da lugar a la búsqueda de un nuevo proyecto que lucha en contra de las relaciones jerárquicas y de toda forma de dominación. Se trata de una ética política que renueva el sentido de vida (Leff, 2003).

Asoyarcocha, como proyecto social alternativo facilitó a los campesinos un retorno a la noción la laguna como su lugar, su espacio para la experiencia de localidad, de hogar, de vida, donde existe una conexión con la vida diaria y un marcado sentido de pertenencia (Escobar, 2010).

Por ello, la alternativa asumida con las Reservas Campesinas retomó la importancia de “los modelos de la naturaleza basados en el lugar, así como también las prácticas tradicionales, económicas y ecológicas (Escobar, 2010: 114).

Nuestra organización se propone implementar con las familias propietarias rurales de la laguna, predios biodiversos y de producción permanente para asegurar una alimentación sana, así como transformar excedentes de producción para su comercio justo, mantener y recuperar ecosistemas naturales para contribuir al establecimiento de corredores biológicos y fortalecer, mediante un proceso de

capacitación, el sistema de gestión de la organización y sus grupos activos en los que participan hombres y mujeres adultos, jóvenes y niños (ADC, s/f).

Es así como apoyada en sentidos de ecología y desarrollo sostenible, esta organización promueve la reafirmación del lugar y concibe el mundo desde las prácticas vigentes en dicho lugar, lo que ha permitido la posibilidad de deshacer la relación binaria hombre-naturaleza, impuesta con el auge de la sociedad industrial y experimentada por ellos mismos en el proceso previo a la conformación de la organización (Escobar, 2010).

La laguna es el lugar donde llegaron nuestros padres, donde nacieron, donde crecieron, donde nos levantaron. A pesar de haber dejado de ver su valor, ahora nos reconocemos como parte de ella. Después de haber depredado mucho tiempo, ahora retomamos nuestro lugar de campesinos, de andinos, de gente de agua para defender la laguna y para permanecer en ella (B3).

En esa medida, los campesinos plantean una alternativa local de uso de la tierra, de la vida económica y de la producción muy diferente a la del modelo neoliberal, pues se trata de un modelo local experimentado en su propia vida, que se desarrolla y transforma a través de su puesta en marcha (Escobar, 2010).

Con las reservas naturales los campesinos llevaron a cabo prácticas propias de la agroecología tales como producción de abonos orgánicos, sistemas silvopastoriles, cercas vivas, compostaje, biodigestores, entre otras. Conforme las reservas se fortalecían, lo hacía también la organización de base y la ADC.

Mediante el apoyo de diversas instituciones públicas, privadas, académicas y de cooperación internacional, los campesinos se fortalecieron en áreas como participación ciudadana, acompañamiento técnico, biología de la conservación, entre otros.

A mediados de los noventa, el gobierno departamental da inicio a un proyecto de infraestructura destinado a solucionar los problemas de abastecimiento de agua enfrentados en la ciudad de Pasto. El Proyecto Multipropósito Guamués (PMG) pretendía trasvasar parte de las aguas de la laguna y construir una central hidroeléctrica con consecuencias irreversibles para los ecosistemas y las formas de vida presentes alrededor de este humedal (WWF, 2002).

El Proyecto Multipropósito Guamués (PMG) incluye la construcción de una central hidroeléctrica con una capacidad instalada entre 367 y 482 MW, dependiendo del caudal ecológico que se preserve en el cauce del río Guamués; además permite atender, a partir del año 2025, los incrementos de agua potable de la ciudad de Pasto y sus alrededores, y también, prevé el suministro de agua para riego de una

extensión de 4208 hectáreas en la zona aledaña a dicha ciudad (Tarazona, 2010: 96).

La tensión que esto generó en los campesinos de Asoyarcocha los motivó a buscar aliados y plantear el tema en las agendas públicas relacionadas con el ordenamiento territorial de esa región. Es así como reciben apoyo de organizaciones nacionales, gubernamentales y no gubernamentales y la academia para designar a la laguna de La Cocha como el segundo Humedal de Importancia internacional de Colombia bajo la Convención Internacional Ramsar.

Uno de los motivos que nos ayudó a pedir auxilio fue la formulación del PMG. Teníamos una preocupación muy grande por los impactos sociales y ambientales impredecibles e indescritibles que se iban a ver. Eran grandísimos. Entonces para poder hacer frente a eso, se creó una veeduría para manejar la constitución y mover la parte legal (Castro, s/f en Revelo, 2007: 79).

La Convención Ramsar es un tratado intergubernamental en el que se consagran los compromisos contraídos por sus países miembros para mantener las características ecológicas de sus Humedales de Importancia Internacional y planificar el "uso racional", o uso sostenible, de todos los humedales situados en sus territorios (Ramsar: s/f).

El proceso para la declaratoria para la laguna de La Cocha fue liderado por la ADC y por Asoyarcocha de manera participativa con la comunidad de campesinos del Encano. Por un lado las instituciones generaban alianzas y cabildeaban con tomadores de decisión para dar a conocer el caso, y por el otro, Asoyarcocha intensificó sus mingas de pensamiento e involucraron de manera más directa a sus hijos mediante el Programa Herederos del Planeta, quienes recopilaron la información de sus investigaciones, sus caracterizaciones de especies y de los procesos que daban cuenta de la transformación social y ambiental llevada a cabo en la última década.

Con el apoyo institucional logrado se dio paso a la Escuela Móvil de Formación Ciudadana en Derecho Social la cual permitió "formar conciencia ciudadana a partir de temáticas que ubicaran a los campesinos en el marco del contexto social político del país: la Constitución Política, el funcionamiento del Estado, los instrumentos jurídicos para la participación, etc." (Revelo, 2007: 81).

Es así como en 2000 el gobierno nacional declara como Humedal de Importancia Internacional o Sitio Ramsar a la laguna de La Cocha y gran parte de los bosques y

páramos aledaños a este espejo de agua (39.000 hectáreas). “Con la declaratoria el Estado expresó que dicho proyecto no podía considerarse compatible con el mantenimiento de las propiedades naturales del ecosistema y de sus funciones ecológicas y ambientales” (Revelo, 2007: 98).

La oposición de la sociedad civil contra el PMG fue respaldada por el Ministerio del Medio Ambiente, Vivienda y Desarrollo Territorial y en 2002 declaró “que ninguna de las alternativas propuestas para el desarrollo del PMG, eran viables por los impactos ambientales y sociales que causaría” (Autos 967 y 467 de diciembre de 2001 y mayo de 2002 respectivamente, MVDT: 2002).

Esta acción posicionó el proceso alternativo liderado por las familias campesinas en Nariño y evidenció su carácter de resistencia intergeneracional ante las decisiones del Estado relacionadas con el modelo de desarrollo centrado en el progreso económico. Entonces, de esta nueva concepción de la naturaleza, tan vinculada a lugar

Surgieron nuevas formas de territorialidad redefiniendo la funcionalidad de las territorialidades heredadas, entre las que se encuentra el Estado Nacional. De nuestra parte creemos que las territorialidades son instituidas por sujeto sociales en situaciones históricamente determinadas que condicionan los caminos posibles (bifurcaciones) del devenir histórico (Porto Goncalves y Walter, 2001: 82).

Algunas Reservas adecuaron zonas para recibir visitantes, ofreciéndoles alojamiento y alimentación, desarrollando programas de educación ambiental entregando a los visitantes una compleja interpretación de las interrelaciones y la dinámica natural que se vive en la Reserva entre la familia y las diversas especies que conviven en ella. Conjuntamente con otras organizaciones de la sociedad civil y otras familias con iniciativas de conservación, se creó la Red Nacional de Reservas Naturales de la Sociedad Civil, en la cual los campesinos de la Cocha, fueron socios hasta el año 2003.

De esta manera, la declaratoria de sitio Ramsar fue apoyada por herramientas relacionadas con los derechos ciudadanos a favor del medio ambiente y a través de un trabajo continuo donde la comunidad hizo seguimiento al proyecto. A lo largo de todo el proceso se logró una mayor apropiación de la organización hacia la importancia de la Cocha como Humedal a nivel regional, nacional e internacional.

Organización social campesina, una alternativa local al desarrollo global

De acuerdo con el documento texto preliminar de la “Declaración Internacional de los derechos campesinos” aprobada por el Comité Consultivo de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas (2012), el término campesino hace referencia a:

Un hombre o una mujer que tiene una relación directa y especial con la tierra y con la naturaleza a través de la producción de alimentos u otros productos agrícolas. Trabajan la tierra por sí mismos y dependen mayormente del trabajo en familia y otras formas de pequeña escala de organización del trabajo. Los campesinos están tradicionalmente integrados a sus comunidades locales y mantienen el entorno natural local y los sistemas agroecológicos (Declaración de los derechos campesinos, 2012 en Molano, 2012: 96).

En Colombia, cerca del 32% de los colombianos habita en el campo, con una población diversa donde los campesinos siguen siendo la mayoría, y son quienes a diario realizan el cultivo de la papa, el maíz y entre otros alimentos básicos de la canasta familiar (el 40%) (Universidad del Rosario, s/f).

En las sociedades agrarias anteriores al capitalismo, la producción campesina de alimentos estaba ligada básicamente a la autosubsistencia, razón por la cual, la prioridad de los campesinos era producir para el autoconsumo. La llegada de la sociedad industrial impuso sobre esta realidad rural una racionalidad económica productiva que transformó relaciones establecidas entre las comunidades y su entorno natural, al exponerlos a condiciones de competencia con un mercado nacional y global.

Actualmente, el principal eslabón con el que los pequeños productores se deben enfrentar es el sector especializado y competitivo orientado a la exportación de mercancías, el cual contribuye a las economías nacionales y aporta, desde el incremento al PIB, al crecimiento económico para enfrentar problemas ambientales y sociales (Altieri y Toledo, 2011).

“La invasión de tecnologías agropecuarias extranjeras, acababan con la importancia que, en otros tiempos, tuvo la producción de los pequeños agricultores en las economías locales y en la economía del país” (Duque, 1997: 5).

En la década de los 80, ante la presión de los conflictos socioambientales propios de la implementación del desarrollo económico global, las familias campesinas de Asoyarchocha respondieron mediante la conformación de una organización social de

base que apuesta por la implementación de alternativas productivas sostenibles, sistemas de asociación solidarios, y de su integración con el entorno natural.

Según la teoría de actores propuesta por Norman Long, el sistema de relaciones define el papel que cada cual desempeña en determinada situación, es decir que existe una agencia humana que configura las estructuras que definen las condiciones en las que las sociedades toman sus decisiones y gerencian sus asuntos vitales. Así, las decisiones de Asoyarchocha han propiciado, impulsado o generado respuestas que en el orden local son asumidas por las familias, las veredas y las comunidades (Long, 1996).

“Los pequeños proyectos ya nos daban ingresos para pagar la deuda y vivir mejor y empezar a organizar la casita, el predio, la vereda, a tener más cositas y vivir mejor” (B2).

La generación de los padres fundadores de la organización apostó por un retorno hacia un sistema de producción tradicional que tiende a la coproducción, es decir el establecimiento de una relación hombre-naturaleza donde existe el espacio para una transformación mutua; por un lado, la naturaleza que cumple el papel de bienes y servicios para el consumo humano, y por el otro el hombre, que observa y reconoce los ciclos naturales sin ánimo de acumulación (Altieri y Toledo, 2011).

El bosque no se acabó completamente porque empezamos a buscar alternativas y esas alternativas fueron buenas porque empezamos a hacer un cambio de trabajo y empezamos a ver que las reservas iban floreciendo. Florecía la vida, había más arbolitos, había más pajaritos, había más vida (A1).

De acuerdo con Enrique Leff, estas estrategias alternativas basadas en la diversidad cultural y natural, “legitiman los derechos de las comunidades sobre sus territorios y espacios, sobre sus costumbres e instituciones sociales, y por la gestión más autónoma de sus recursos productivos” (Leff, 2003: 18).

Es así como la etapa inicial de la organización campesina (Coyarchocha) se caracterizó por el retorno a los cultivos de mora, papa, haba; a la crianza de animales domésticos y al aprovechamiento en pequeña escala de actividades como la ganadería y el corte de madera.

Lo que nosotros queríamos era que las familias campesinas tengamos un bienestar, porque la situación era muy deprimente porque el trabajo era muy duro, sobre todo porque explotábamos el bosque y sacábamos carbón y madera, y en este trabajo

estaba vinculada toda la familia y los hijos no tenían la oportunidad de estudiar (Matabanchoy, 2007: 72, en Vicente, 2007: 72).

Las prácticas productivas recuperadas permitieron la llegada de ingresos económicos complementarios que favorecieron al acceso a una mejor alimentación, educación, salud, la vivienda y otros espacios de formación y desarrollo de los niños y jóvenes hijos de los fundadores. Las relaciones familiares experimentaron nuevas formas de expresión con mayores posibilidades de expresión por parte de los jóvenes y de los niños. Las mujeres asumieron un rol activo en la producción agrícola y en la toma de decisiones de las familias.

La vida mejoró, la calidad de vida mejoró. La alimentación, la misma capacitación hace que las personas vayan perdiendo el temor, el miedo, elevando la autoestima y eso en el proceso se vivió mucho y eso ha generado un cambio de actitud en las personas, en no pensar en el bosque como una fuente de ingresos sino sentirnos parte y empezar a mirar que lo que nos ha servido y ha sido muy importante es el desarrollo a escala humana (A1).

Una vez alcanzada una estabilidad entre las necesidades básicas de la familia y su capacidad de autosatisfacerlas, los campesinos, particularmente sus hijos, asumen la declaración de sus predios familiares como Reservas Naturales Privadas Campesinas de la Sociedad Civil, incluyendo un componente de conservación y mantenimiento del entorno natural en su proyecto colectivo.

Es un sistema donde se integran aspectos biofísicos como: flora, fauna, hidrografía, suelos, recursos genéticos, recursos productivos en la dinámica social campesina e indígena de los propietarios y sus comunidades, garantizando la conservación de los recursos naturales, la identidad campesina e indígena y la permanencia de sus pobladores en sus predios rurales (Revelo, 2007: 281).

En este nuevo paso, la apuesta por la autonomía da prioridad a la necesidad de alimentación como un indicador fundamental para la construcción de una postura política a favor de la soberanía alimentaria como un eje central para el desarrollo de las comunidades pues

Permite a la familia gozar de mayor cantidad y calidad de alimentos posibles como producto del trabajo colectivo en su predio familiar, para lo cual debe ejercer el derecho a la permanencia como forma de ejercer su libertad (Revelo, 2007: 324).

En consecuencia, la segunda generación de Asoyarcocha con el apoyo de la ADC, fortalece una movilización social campesina que creció experimentando una serie de cambios hacia el logro una autoeficiencia local, a la conservación y regeneración de la

agrobiodiversidad y la producción de alimentos sanos y con bajo costo de insumos; lo cual hacen que dicha alternativa organizativa asuma nuevos diálogos políticos frente a las tendencias neoliberales (Altieri y Toledo, 2011).

El logro de una seguridad alimentaria y la apuesta por la soberanía puede considerarse como una apuesta política que permite a la familia gozar de mayor cantidad de mayor cantidad de alimentos posibles, producto del trabajo en su predio familiar, para lo cual debe ejercer el derecho de permanecer, como una forma de ejercer su libertad (Revelo, 2007: 344).

De esta forma, la agricultura tradicional campesina reveló su potencial al brindar soluciones a muchas incertidumbres que enfrentaba la comunidad, fortaleciendo de manera recíproca a los movimientos y a los procesos sociales y políticos que, como Asoyarcocha, promueven nuevas formas de valor (Altieri, 2004; Denevan, 1995 y Long, 1996).

La satisfacción que da también tener su propia huerta, la satisfacción que es poder tener sus propios alimentos. Por ejemplo ir a arrancar así sea una hoja de acelga, eso como que interiormente, qué rico! Arrancar una fruta. Es asegurar que no hay hambre y que pase lo que pase nadie se acuesta con hambre, que los niños comen bien (A1).

La reorganización del poder pasó al surgimiento de nuevas identidades culturales y políticas vinculadas a la larga lucha de los pequeños productores y trabajadores agrícolas por sus derechos a la tenencia de la tierra y a determinar cómo deben ser usados sus recursos naturales.

En este sentido, la apuesta de Asoyarcocha se encamina a una transformación de la relación con los sistemas de producción agroindustriales mediante una transición a sistemas alimentarios basados en paradigmas que promueven la producción local de alimentos para las familias campesinas y rurales (Altieri y Toledo, 2011).

El trabajo como reserva y sobre todo el trabajo de las familias ha unificado la calidad de vida, muchos de los productos que antes se compraban ahora se están produciendo en el predio. Anteriormente la reserva solo era papa, cebolla y ganado de leche y ahora se la ve mucho más diversificada, se ha pensado en mejorar la alimentación de la familia, la mayor parte de los productos está dedicada para la nutrición de la familia y el excedente para la venta (Jojoa, 2006 en ADC, 2006: 24).

La Red de Reservas Naturales se consolidó así en una opción de vida en la que se generaron espacios y tiempos para la satisfacción de necesidades fundamentales de la familia, convirtiéndose en una alternativa a la explotación de la Laguna (Revelo, 2007),

cuyos caminos van de la mano con la participación activa de los jóvenes en la experimentación de la vivencia alternativa.

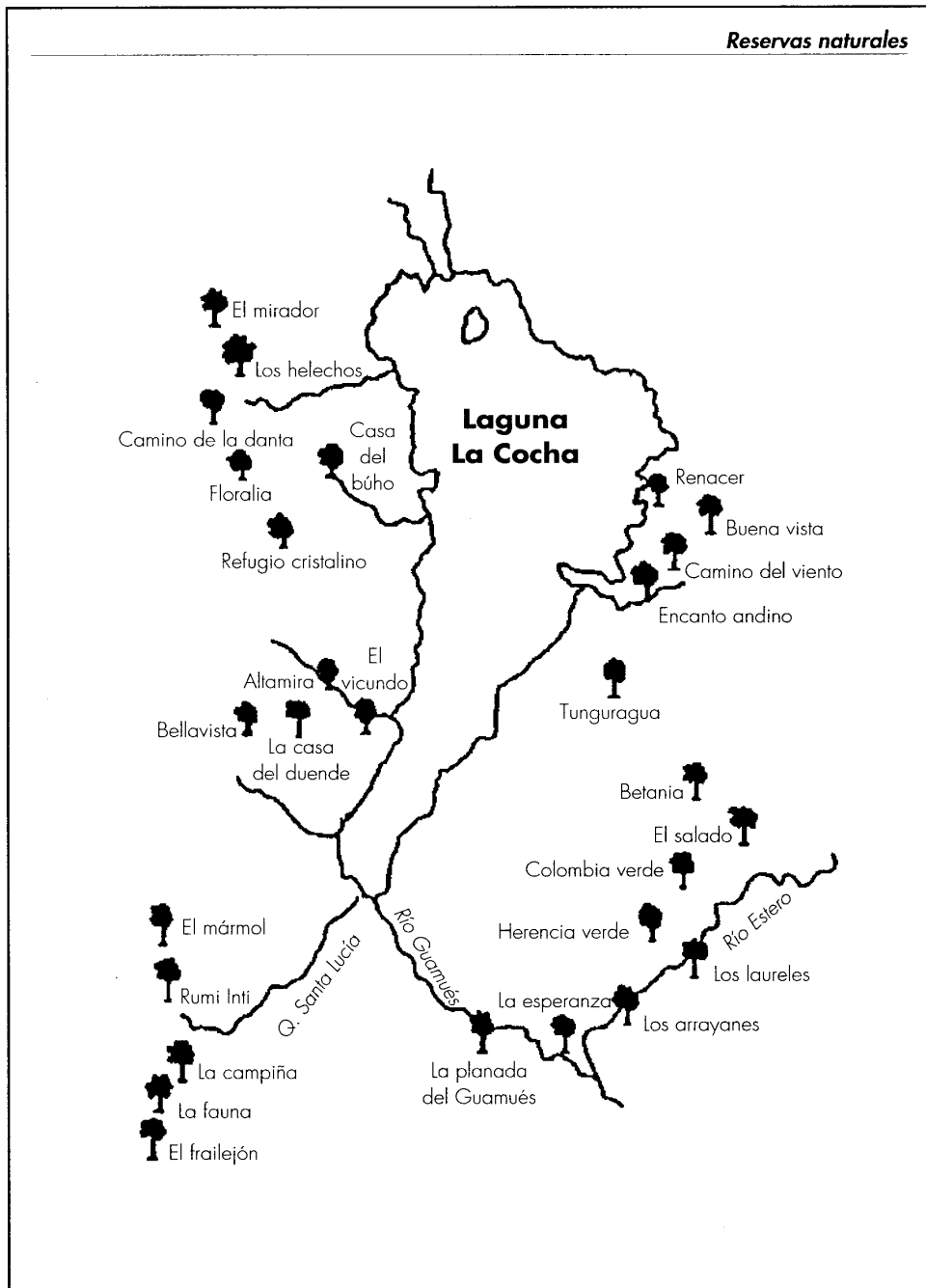


Figura 2 V.g. Mapa de reservas naturales en la Laguna de la Cocha (Fuente: ADC, 2004)

Con la configuración de redes horizontales, los campesinos han desarrollado acciones de apoyo mutuo, articularon prácticas individuales y grupales, y plasmaron proyectos compartidos. Así están al frente de proyectos que los abren nuevas posibilidades de participar en la toma de decisiones, permitiendo agenciar las presiones exógenas y fortalecer los potenciales endógenos (Max Neef, 1993).

Sin embargo, el marco nacional y global en el que permanece inscrita la iniciativa de Asoyarcha, expone a los campesinos de las nuevas generaciones a una permanente tensión con su entorno natural en la búsqueda de equidad social y económica, y de sostenibilidad ambiental. Por esta razón, las desigualdades sociales experimentadas a través del tiempo reflejan asuntos estructurales que deben ser leídos y transformados en contextos nacionales y globales (Bebington, 2009).

Hemos visto un cambio en nuestras mentalidades, en la de nuestros padres, en las nuestras. Hemos roto círculos de pobreza y nuestras historias se han transformado, pero las tensiones no se terminan. Entonces como Asoyarcocha solita no creo que sea suficiente. Se necesita realmente preparar más gente para esto, es necesario juntarse con otros actores porque sí siento que hay más gente que se siente sola ante lo que se viene (B3).

Tal es el caso de la escasa valoración que en Colombia existe del sector rural y de su población. Las medidas del gobierno insisten en promover los grandes proyectos productivos como la explotación a gran escala de truchas, el incremento de los monocultivos y la ganadería. De esta forma es constante la creación y puesta en marcha de leyes y medidas que dinamizan el mercado y convierten a las fuerzas productivas en el único camino posible.

A tal punto que, en el contexto colombiano, el conocimiento milenario sobre los usos, la domesticación de especies o la conservación de la diversidad en los territorios tradicionales no se consideran patrimonios de los grupos étnicos que deban ser reconocidos y adecuadamente compensados (Escobar, 1994).

Dichas acciones se estructuran en un marco simbólico que permite la reproducción de la vida en contextos con contrastes en las visiones del uso y manejo de los recursos naturales reflejadas principalmente en la segunda generación de campesinos (Long, 2006).

Nosotros como trabajamos con nuestra filosofía, empezamos a valorar a los demás lo que antes no se hacía y eso ha sido muy importante para esa relación armónica y también saber que todos no somos iguales y no pensamos de la misma manera y el respetar esa diferencia ha sido muy importante para esa relación que tenemos entre todos, todos conformamos una familia, donde todos somos amigos, hay esa relación de afecto y es una organización donde hay mucho afecto y todos nos respetamos (Matabanchoy, 2006 en ADC, 2006: 24).

En este sentido, es importante mencionar que los procesos de significación de los campesinos involucran estrategias, discursos y luchas por la identidad social donde es

necesario diferenciar el encuentro de diferentes tipos de conocimiento involucrados en el surgimiento de los movimientos sociales (Long, 2006).

El proceso a lo que nos llevó fue a que como personas empezamos a valorarnos, a encontrar ese sentido de pertenencia por lo que tenemos, por los propios saberes que tenemos, para resistir para transformarnos y seguir ganando autonomía (B3).

Por ello es importante analizar no solo aquellas formas de organización que surgen de las luchas entre los diferentes grupos de interés, sino también los procesos organizativos generacionales que vienen de la forma como los campesinos se vinculan a más redes globales (Long, 1996).

Así, es vital tener en cuenta el valor estratégico de la familia como una de las principales estrategias de permanencia de la cultura campesina en Colombia y de su relacionamiento con dinámicas más amplias.

La familia tiene importancia decisiva hasta tal punto que en muchas veredas predominan dos o tres apellidos. De igual manera el trabajo solidario complementa el familiar y urde tramas que hacen que las veredas sean organismos sociales de gran cohesión (Molano, 2013: 13).

Ante la imparable industrialización de la agricultura impulsada por fuerzas globalizantes, los campesinos de Asoyarcocha han encontrado en la organización familiar el punto de apoyo central para el fortalecimiento de su organización social y para mantener la resistencia ante tales presiones.

Si hablamos de la reserva, para mí la reserva es la familia, no es el bosque, los sembrados y lo que tenemos allá, no es nada de eso, sino la reserva es directamente la familia. Si una familia está compuesta de padre, madre e hijos, hay diálogo, se hacen las cosas y se puede hacer lo que sea. Esa sería la reserva. No es que yo tengo el agua limpia, que yo tengo el bosque, no. A mí me ha quedado claro que la reserva es directamente la familia (B1).

De igual manera el mantenimiento de la agricultura a pequeña escala movida mediante el trabajo solidario y la recuperación de tradiciones ancestrales ha complementado el trabajo familiar y tejido tramas que han convertido al territorio en un organismo social de gran cohesión (Molano, 2013).

Lo que imprime en este modelo local símbolos, prácticas y rituales plasmados en las relaciones sociales que se diferencian del tipo moderno. La cultura y la naturaleza no son esferas opuestas, sino que abarcan más allá: plantas, humanos y otras entidades que pertenecen a la comunidad (Escobar, 2010).

El modelo local propuesto evidencia un arraigo especial a un territorio concebido como una entidad multidimensional que resulta de los muchos tipos de prácticas y relaciones (Escobar, 1994: 120); es decir, desde Reservas Campesinas se va en contra de la lógica demoledora de la institucionalidad nacional, que privilegia el peso de los intereses económicos individuales de los grupos de poder, que responden a las visiones de mundo estructuradas a partir de estos mismos intereses (Gonzaga, 2007).

Género y relevo generacional

Para abordar el enfoque de género en el caso de Asoyarcocha, se tendrá como referencia dos momentos puntuales en la historia de su conformación. Por un lado, el surgimiento (1980) de la organización campesina en medio de una crisis social, económica y ambiental que transformó las relaciones familiares, y generó nuevos espacios de acción para hombres y mujeres.

Por otro lado, la declaración de las Reservas Naturales Campesinas (1990), una decisión que se toma en familia y que los hijos e hijas asumen, contribuyendo a los alcances que el proceso ha logrado hasta la actualidad.

De acuerdo con la teoría de los enfoques de género, esta categoría de análisis aparece con el fin de resaltar los aspectos relacionales de las definiciones normativas que ubican a las mujeres ocupando un lugar de significación determinado en el curso de la vida social, de esta manera el género permitió la mención de la organización social de las relaciones entre sexos (Scott, 1990).

De esta manera, la inclusión del estudio situacional de las mujeres en tanto sujetos requiere “una redefinición y ampliación del significado histórico, de modo que abarque la experiencia personal y subjetiva, lo mismo que las actividades públicas y políticas” (Scott, 1990: 14).

El punto de partida para la conformación de la Asociación de Reservas Campesinas de La Cocha se dio en la decisión de un grupo de mujeres campesinas madres de familia, quienes reaccionaron ante las desigualdades sociales y económicas resultantes de la dinámica neoliberal en Colombia.

Era una situación que teníamos que transformar. Nosotras veíamos en nuestras casas cómo el futuro de nuestros hijos era el de ser peón del que compró las tierras y está haciendo el monocultivo de moras o de cebollas. Era ver que si no hacíamos

algo, la situación social y ambiental iba para atrás. Nuestros hijos no iban poder asistir al colegio y mucho menos a la universidad. Entonces había que hacer algo, había que luchar para cambiar esta situación (A1)

En este proceso, liderado por campesinas, cada día más familias asumen el compromiso de dejar parte de sus tierras como reservas. Actualmente forman parte de la Red 38 reservas, que corresponden a 38 familias de campesinos y que cubren un área aproximada de 3000 ha, lo que equivale al 12% del área de la cuenca alta del río Guamués.

Son ellas quienes experimentaron las consecuencias de los cambios socioeconómicos de la explotación intensiva de madera, la ausencia de sus esposos en el trabajo del predio, y las complicadas condiciones de acceso a los recursos económicas. La magnitud de dicha crisis las llevó a buscar acciones ante la exclusión ocasionada por el desarrollo inequitativo asociado a los procesos de desregularización y liberación económica (Girón, 2009).

La organización empieza en 1986, Asoyarcocha con 25 socios fundadores, no éramos familias, sino personas. Hombres y mujeres. Mujeres líderes, porque para eso nos tocó luchar mucho. Yo opté por no pelear, pero en varios hogares sí hubo conflictos, otros sí entendieron cuál era nuestra búsqueda (A1).

Con la cooperativa, algunas madres de las familias campesinas asumieron los créditos del fondo rotatorio para la puesta en marcha de los pequeños proyectos productivos. El dinero obtenido alcanzaba para los insumos pero no para la mano de obra. Fue entonces cuando retomaron la tradición de la Minga. Históricamente, esta práctica basada en la solidaridad, suplía la necesidad de mano de obra en las labores agrícolas particulares, que contribuía al beneficio económico del anfitrión y de su familia (Revelo: 2007).

La minga es una forma organizacional autóctona, horizontal, sin jerarquías, que respeta el núcleo familiar como el origen de una organización social que admite el surgimiento de distintos líderes en cualquier actividad, que respeta las diferencias particulares, los espacios ganados y la diversidad para conseguir un óptimo entendimiento (ADC, 2004).

Formábamos grupitos de trabajo e íbamos a trabajar en los pequeños proyectos, aquí éramos los 25 asociados, pero luego creció mucho más y llegó a 175 en seis meses. Era conformar grupos, por ejemplo todos los que teníamos créditos, entonces decíamos, vamos a trabajar en tal parte, vamos a preparar el terreno para siembra de moras, vamos a preparar la tierra para siembra de pastos. Bueno que vamos a hacer los drenajes en los potreros que hay mucha agua, entonces vamos a

trabajar. Ese día la alimentación corría por cuenta del dueño de la casa donde se iba a hacer el proyecto y ahí es donde empezamos a conocernos más y a hacernos más amigos y a conocer cada uno de los predios y a ser como esa familia (A1).

De esta manera, las campesinas lograron sacar adelante los procesos y vincular a sus esposos y familiares en una dinámica que traían en la sangre y que finalmente se institucionalizó, desde entonces es parte fundamental de su organización, y al replicarse a lo largo de todo el departamento, se configura como el eje del trabajo en equipo y del logro de resultados tangibles e intangibles (Revelo, 2007).

Logramos optimizar los recursos para los pequeños proyectos involucrando a nuestros esposos e hijos en la mano de obra necesaria para el acondicionamiento de los predios para las cuyeras, los potreros, la huerta, etc. En las mingas ellos fueron viendo que era posible, y esto se convirtió en un espacio de encuentro con otros vecinos donde fortalecimos lazos, nos empezamos a conocer y el trabajo resultó no solo en la puesta en marcha de las iniciativas productivas, sino también en el reconocimiento de un espacio comunitario donde hombres y mujeres nos sentíamos felices e importantes (A1).

A través de la minga los asociados han encontrado explicaciones a muchas de los eventos que transcurren a su alrededor, como las semejanzas y las diferencias con otros sectores de la población para proyectar autónomamente el futuro. La minga ha impulsado la autonomía y permite que los campesinos sean capaces de identificar alternativas de solución dentro de los marcos constitucionales y legales, respetando su historia, tradición cultural, entorno social, natural y las visiones distintas (ADC, s/f).

En este contexto, el estudio de roles es clave para desentrañar la forma de relacionamiento con el entorno, la producción, la reproducción y la vida comunitaria, por tanto, una forma de ser distintos de hombres y de mujeres que los lleva a la propuesta de modelos alternativos al desarrollo establecido (Lama, 2009).

Lo importante fue que los esposos ayudaran a sus esposas en el campo, ya no tuvieron tiempo de irse a carbonear al campo, sino que se dedicaban a trabajar en el proyecto con la esposa. Entonces fue como un cambio de actividades en nuestras familias, veíamos a los padres más tiempo en casa, ocupados con nuestras madres en cosas que le hacían bien a la familia (ADC, 2004)

Lo anterior permitiría una valoración de la importancia de los roles de hombres y de mujeres en la conformación de una organización comunitaria que responde a unas relaciones configuradas socialmente y que constantemente se transforman de acuerdo a diferentes situaciones, contextos o tiempos (Poats, 1999).

“Cuando nos estabilizamos, mi esposo ya no trabajó sacando carbón ni madera sino que transportaba la leche hasta el Encano, pero yo era quien sabía hacer las cuentas” (A1).

En la experiencia de Asoyarcocha, la anterior mirada sobre género debe ser cruzada con la relación que las familias establecen con su entorno y la forma como a partir de ahí construyen y reproducen su vida momento a momento, pues tanto el género como entorno han sido fundamentales en conformación de las familias y sociedades rurales en Colombia.

Yo me dedicaba a las labores de la casa: a cocinar, a coger el agua, a mantener la huerta y los animales. Los hombres como se dedicaban solo al trabajo del monte, entonces las mujeres era que más tocaba cocinar y jabonar. Pero vea que antes las mujeres también se trabajaba duro al monte, esas eran guapas recogían carbón, madera, trabajaban igual que un hombre y encima lo de la casa, eso sí era así (B2).

La corriente de la ecología política que desarrolló estudios sobre Mujeres, Medio Ambiente y Desarrollo (WED), considera que toda vez que se realice una revisión conceptual de los roles de género, es necesario dimensionar las circunstancias en las que el desarrollo se inserta en las lógicas de América Latina.

Es así como durante la década de los 50 y 60, las mujeres fueron consideradas beneficiarias de los planes y programas que promovían el desarrollo en función de su papel reproductivo en la economía, mientras que a los hombres se los valoraba en función de sus aportes al sector productivo, lo cual tuvo como consecuencia el deterioro más o menos absoluto de la posición de la mujer frente a los hombres (Braidoti, 2004).

En algunos momentos yo lloraba, y decía, no definitivamente esto es para hombres y después yo misma me respondía, cómo que para hombres no, si las mujeres también podemos, si somos capaces, más capaces que ellos todavía. Yo misma me elevaba mi autoestima porque qué más hacía (A1).

Bajo esta mirada, la experiencia de Asoyarcocha revela que las circunstancias previas al surgimiento de la organización social campesina abonaron el terreno para que se manifestara dicho deterioro. Las políticas neoliberales de aprovechamiento productivo a ultranza del campo generaron una serie de transformaciones que afectaron directamente a las mujeres y sus familias.

Antes estaba la costumbre de carbonear. Iba se sacaba la madera, se vendía la carga y se sacaba plata adelantado para la remesa y se seguía trabajando. Cuando llegaba el carbón se llevaba a descontar pero no se alcanzaba para la deuda, claro que eso

de la remesa no faltaba, pero todo el tiempo endeudados. Nosotras estábamos cocinando y haciendo lo de la casa. Ellos dándole al monte y a veces íbamos nosotras con los niños (B2).

“La introducción de nuevos métodos productivos impactó la cotidianidad de las mujeres porque cambió los patrones de la división sexual del trabajo y las desplazó de sus áreas tradicionales de trabajo” (Braidoti, 2004: 25).

Antes, las mujeres también trabajaban duro en el monte, esas eran guapas recogían carbón, madera, deshieraban, podían trabajaban de igual a igual con un hombre y encima tenían lo de la casa, pero cuando llegaron los agroquímicos y se empezaron a usar en cantidades para la producción de mora y cebolla y papa, pues ya no salíamos a deshierbar ni a trabajar en el monte (B2).

Con la introducción de las nuevas lógicas productivas en la zona de la laguna, los hombres dedicaron su tiempo a aquellas actividades que se podían vender y explotar. En este caso la extracción de madera absorbió el tiempo de los hombres en función de la consecución de más recursos económicos. Esto redujo aún más el espacio de participación de las mujeres en el modelo de desarrollo que debían asumir.

Mi esposo no trabajó donde nosotros teníamos la tierrita, sino que él se ganaba un jornal en la carretera, por mucho tiempo se ganó un jornal, pero eso no nos alcanzaba, yo incluso sabía ir a cocinar donde una señora, a lavar ropa, a planchar. Esto cuando mi tercer Jaime nació (1975) pero eso no nos alcanzaba para nada. Muchas limitaciones, mucha cosa, pero uno seguía luchando y hacía lo que podía. A mis hijos les tejía los saquitos, les hacía la ropita, buscaba la manera de ofrecerles lo necesario, siempre fui de hacer cosas (A1).

Con la entrada de los años 80, el deterioro ambiental y social de la región era evidente sobre todo para las madres de familia, quienes al permanecer al frente del hogar, tenían que vivir las difíciles condiciones en las que se desarrollaba la vida en el campo.

Yo me iba a trabajar en la carretera y me tocaba quedarme toda la semana. Después ya en el pueblo tenía arrendada una casa y vivía ahí solo, cocinaba solo y llevaba la comidita y un termo y a la hora del almuerzo cocinaba siempre así. Cada ocho venía a ver la familia; el viernes por la tarde venía y los lunes me iba (A2).

En la experiencia de Asoyarcocha, la transformación de la lógica del hogar debido a los nuevos roles de los hombres en espacios productivos diferentes al predio, convirtió a las mujeres en agentes de cambio dentro y fuera del hogar. De esta manera más que receptoras pasivas, tomaron decisiones que al final cuestionaron las estructuras políticas económicas y sociales (Braidoti, 2004).

Cuando ya empieza toda la transformación con la organización, empezamos a ver las cosas diferentes. Como vislumbrando otra posibilidad con lo de los pequeños proyectos, porque yo saqué un crédito para un cultivo de mora y eso fue importantísimo porque yo pude pagar el crédito, pude poner a mis hijos al colegio, pagué otro crédito e hice esta cocina y fuimos aumentando cositas (A1).

En el contexto del desarrollo económico, estas desigualdades generaron en la vida de las mujeres y de sus familias efectos como el incremento de la carga laboral, mayor necesidad de satisfacer necesidades domésticas y además, contrarrestar o enfrentar el impacto de la explotación masiva de madera en el bosque (Braidoti, 2004).

“Los niños bajaban al puerto cargando su poquito de carbón, descalzos, en tiempo de invierno todo mojaditos. Se veía a mujeres que estaban en estado de gravidez con un bebé en los brazos y otro en la barriguita y con un bulto de carbón” (A1).

En estas circunstancias, las familias fundadoras de Asoyarcocha (en cabeza de las mujeres) agenciaron decisiones fundamentales para transformar su realidad más cercana en vista de la poca efectividad de las políticas de Estado. Es así como al ver la situación de pobreza y deterioro en la calidad de vida de sus familias, asumen distintas iniciativas productivas y asociativas encaminadas a mejorar la situación de sus hogares.

La familia es como una pequeña sociedad donde todos tenemos que aportar, no solamente en el trabajo, sino en tomar decisiones, en planear algo. Es una pequeña sociedad en todo, donde todos participamos de acuerdo a las edades, y donde todos tenemos esa posibilidad de transformarnos a través del ejemplo y de la acción (A1).

Encontrar los caminos de afirmación y reinención de la resistencia, el territorio y la equidad de género, “ha constituido una plataforma robusta para la permanencia en medio de una atmosfera de profundas contradicciones (sociales, políticas, económicas y ambientales) que vienen desde lo global e impactan lo local (Schmink, 1999: 8)”.

La conformación de la organización social campesina transformó el papel de las mujeres en la familia y en la comunidad. Pasaron de ser víctimas a asumir roles de administradoras de los recursos naturales, y por ende se reconocieron como agentes sociales capaces de movilizarse en torno a la conservación de su entorno y de sus necesidades propias de desarrollo (Ortíz, 2004).

“Los pequeños proyectos nos dieron ingresos para pagar la deuda y vivir mejor y empezar a organizar, a tener más cositas en la casa y aportar en la educación de los hijos, eso era lo más importante” (A1).

Esta resignificación del rol de la mujer parte de su participación en el desarrollo del hogar, entendido este como “la unidad familiar (extendida o nuclear) formada por las personas que comparten en forma más o menos permanente la alimentación y la vivienda” (Karremans, 1993 en Ortíz, 2004: 583).

De esta manera, tanto la organización como el hogar se convirtieron entonces en el escenario de a nuevas relaciones de poder y de acceso a los recursos y medios básicos para la producción. Dichas transformaciones estuvieron a su vez, ligadas a procesos políticos y económicos de escala nacional y global (Ortíz, 2004).

“Con el fondo rotatorio que teníamos hicimos un cultivo de mora y fue empezar a tener las riendas que antes solamente los hombres lo hacían, por ejemplo ser gerente de la cooperativa, ser contadora” (A1).

En este espacio el surgimiento de la organización social campesina además de generar retornos hacia prácticas ancestrales y de mejorar la calidad de vida de las familias, permitió un reacomodo en las relaciones de género, generando relaciones de cooperación que se desarrollaron en estructuras de negociación familiar y colectiva.

Las mujeres fueron las más decididas. Ellas asumieron los créditos y luego se tenían que implementar los proyectos, ahí fue cuando nos invitaron a trabajar en las mingas. No las íbamos a dejar solas. Trabajamos en las casas de los vecinos, ellas tomaban decisiones y nosotros participábamos y así nos fuimos involucrando en todo el proceso (B1).

De esta manera, ante las tendencias y presiones generadas por el contexto social, económico y global, las acciones generadas en un grupo de mujeres campesinas abrieron un espacio de resistencia donde tanto las mujeres como los hombres, los niños y los jóvenes asumieron nuevos papeles encaminados a una estructuración alternativa de sus realidades a partir del retorno a prácticas productivas de escala doméstica, al trabajo solidario y a una aproximación diferente con el entorno natural.

Antes de la organización era diferente. No había mucha autonomía, uno vivía en ese sometimiento como mujer. Uno por no tener ingresos y otra por los hijos porque llegan uno detrás de otro y hay que dedicarse a ellos, a la casa, al esposo, a los animales. Entonces ganar el espacio de participar en la organización nos enseñó mucho a todos. La familia se integró en la búsqueda de una autonomía, de ser autodependientes (A1).

La llegada de la década de los noventa representó por un lado la reafirmación a nivel nacional de las políticas económicas para alcanzar las metas de desarrollo, y por otro en

lo local, la decisión de las familias campesinas de Asoyarcocha de declarar sus predios como Reservas Naturales Campesinas de la Sociedad Civil.

Con este paso se buscaba ir más allá de la satisfacción de necesidades mediante la implementación de pequeños productivos a nivel familiar. Se quería orientar el proceso hacia la configuración de una relación con el entorno por encima de la producción. Con las reservas campesinas se le apuntaba al reconocimiento del entorno como un sistema de relaciones al que el campesino pertenece y del que es parte.

Con esta mirada, las familias campesinas de Asoyarcocha resignificaron la laguna tanto desde lo económico como desde lo simbólico y en esta dinámica, la familia estableció nuevos caminos de reproducción de las dinámicas de trabajo familiar y colaborativo, y del reconocimiento de su territorio desde dimensiones sagradas, estéticas y creativas.

La empezamos a ver como nuestro patrimonio, como parte de nuestro paisaje. Es como un sitio sagrado, es que son muchas cosas. Uno puede hablar muchas cosas lindas de La Cocha, con todas esas leyendas que tiene, con todos esos encantos. Entonces uno se siente parte y eso es lo importante. Ese ha sido el cambio de actitud, después de la agresión, de estarle extrayendo siempre productos al bosque, empezar a vivir armónicamente, empezar a sentirse parte de ese entorno natural, empezar a amar, eso es lo más importante (A1).

Bajo este nuevo relacionamiento crecen los hijos de las familias fundadoras y son ellos quienes implementan el proceso alternativo de las Reservas. Testigos de las mingas y el retorno a los sistemas productivos de subsistencia, los hijos de los asociados asumen, a través de su participación en las reuniones y encuentros de sus padres, y de la formación del grupo Herederos del Planeta (que integraba a los hijos de los asociados), la responsabilidad de llevar a cabo un proyecto de vida basado en la permanencia en la tierra, la satisfacción de las necesidades básicas de la familia, la valoración del territorio y de la naturaleza más allá de su concepción como recurso, y la convivencia armónica con la comunidad.

“Lo más importante del proceso formativo que vivimos fue que como familia sí empezamos a fortalecernos mucho. Siempre como que eso de apoyarnos unos a otros desde muy pequeños” (B4).

El programa de Herederos del Planeta representó la manifestación del relevo generacional como un fundamento crucial a la hora de pensar en la sostenibilidad de la

iniciativa. Este grupo de jóvenes y niños abrió nuevos espacios de formación, investigación y proyección a la comunidad, pues los niños y jóvenes crecían bajo criterios y actitudes que les permitían ser protagonistas de su proyecto de vida (ADC, 2004).

En esa época tuvimos la oportunidad de crear iniciativas y no quedarnos sólo en la teoría, sino que se trataba era de hacer: las marraneras, los biodigestores y también la gestión para acceder a apoyos. Así se fue mejorando como parte del proceso y así íbamos demostrando que sí que era posible otra forma de vida porque antes los que decidían eran los adultos pero desde esa época ya fuimos parte de las toma de decisiones, de qué hacer y cómo hacerlo mejor en el predio” (B3).

De esta manera, esta generación crece sobre una reevaluación de los significados de las relaciones entre hombres y mujeres y entre ellos, y la naturaleza que habitan. La representación social de la diversidad social se manifestó en todos los aspectos del proceso de conservación participativa llevado a cabo dentro de esta comunidad (Poats, 1999).

Mis hermanos empezaron a hacerse responsables de su ropa, de su cama, de la cocina si había que atender gente. Se empezaron a dar esas cosas y ahí fue que se dieron las condiciones de ir trabajando juntos de verdad. Porque desde Herederos, cuando íbamos a los encuentros, pues cada quien lavaba su plato, su taza. Hay que hacerlo porque cada quien es responsable de las cosas que le toca hacer porque no se las va a poner a otro. Esto fue un ejercicio de tejido y en el tejido, hombres y mujeres tejen, como niños. En herederos las actividades eran conjuntas y eso va creando otros espacios, otras miradas (B3).

En este sentido se hace evidente una resignificación generacional que hacen las familias asociadas a Asoyarcocha en términos de los roles de hijas y de hijos hacia una integración de la familia en torno a la satisfacción de las necesidades, la búsqueda de alternativas como la agroecología para el mantenimiento de la productividad a escala doméstica, y la permanencia en el territorio como legado para las nuevas generaciones. En estas transformaciones se da un replanteamiento de la relación de dominio de los hombres y las mujeres y de estos con la naturaleza.

El lugar de la mujer en la vida social humana no es producto en sentido directo de las cosas que hace, sino de los significados que adquieren sus actividades a través de la interacción social concreta. Para alcanzar el significado es necesario considerar tanto los sujetos individuales como la organización social, y descubrir la naturaleza de sus interacciones, porque todo ello es crucial para comprender cómo actúa el género y cómo tiene lugar el cambio (Rosaldo, 1980 en Scott, 1985: 11).

Con unas madres y padres activos en la generación de condiciones para el abastecimiento de las familias en sus predios, para la gestión de la organización campesina, los hijos crecieron asumiendo responsabilidades domésticas y organizativas. Muchos hombres aprendieron a cocinar, a atender a los animales y a hacer sus propias labores domésticas. Estos hombres crecieron con un imaginario de lo doméstico donde pueden actuar en igualdad de condiciones que las mujeres.

“Es que en mi caso no hubo machismo porque mis hijos fueron mayores y ellos sabían cocinar, lavar la ropa, me ayudaban a hacer el aseo en la casa y compartían las responsabilidades (A1)”.

Como resultado, a nivel familiar las relaciones de dominio se transformaron y surgieron identidades de hombres dinámicos en las actividades propias de la reproducción del hogar, y mujeres con capacidad de toma de decisión, de gestión institucional y con perfiles de liderazgo que por un lado mantienen la productividad de la reserva y por el otro buscan la trascendencia del estilo de vida en el tiempo.

Mi hermano ya hizo parte del proceso y de la formación con los Herederos, entonces él iba al colegio y venía a jabonar, a barrer, y el resto de compañeros y los vecinos de acá le decían ¿será que no tienes mamá, no tienes hermanas para que vos estés jabonando o metido en la cocina? Porque ellos desde que nosotros empezamos a recibir gente acá, son quienes se iban a la cocina a ayudar a cocinar porque no les gusta atender gente y entonces, se meten a la cocina y las que hablamos y atendemos a los visitantes somos nosotros (B3).

Con este panorama, algunos de los hijos e hijas de los fundadores asociados se convierten en padres y le aportan al proceso un giro que tiende por un lado a la vinculación total de los nietos en el proyecto a través del fortalecimiento de programa Herederos del Planeta, y por otro, la construcción de una identidad muy ligada al territorio y a formas de resistencia rural que los mantenga como comunidad andina, rural y nariñense.

Los nietos acá en primer lugar comienzan a conocer la siembra, desde chiquitos se les enseña a sembrar la cebolla, y ellos ya saben que hay que sembrarla y cómo es. Los otros ayudan a barrer los cuyes, los conejos, a cortar la hierba a dar de comer a las gallinas. Ellos van aprendiendo y le van poniendo amor aquí a la casa, a la familia, comenzando desde ahí y a hacer los trabajos que hay que hacer en la casa, a capacitarse, a educarse para participar de su propio futuro (B1).

En algunos casos, el grado de involucramiento de los nietos con las reservas refleja gran identificación con la ideología de la Asociación, de tal manera, que los niños y jóvenes del grupo de Herederos del Planeta “Los Tucanes” expresa:

Queremos conocer nuestra reserva y participar en todo para que tengamos la oportunidad de convertirnos en verdaderos autores de los cambios que necesita nuestro Planeta tierra y especialmente Colombia, para ello hacemos reforestaciones, corredores biológicos, montaje de viveros, talleres de títeres, música, teatro, nos gusta conocer más gente, conocer nuestra región y también otros lugares del país, divertirnos, reír, cantar, bailar, imaginar y principalmente soñar con un país distinto, porque queremos garantizar a quienes vendrán después de nosotros un lugar donde puedan vivir y realizar sus sueños; hoy seguimos en estas tierras llenas de oportunidades luchando por conservarla y disfrutando al conocerla y descubrir sus secretos (ADC, s/f).

Algunos de los miembros de la familia logran plena identificación con lo anterior y lo reflejan en el grado de compromiso que tienen con el proyecto familiar.

Mi hermano se fue a Pasto a hacer administración de empresas, pero antes de terminar, prefirió regresarse y ayudar acá. Y a mí me dio duro cuando él se retiró, pero luego vino él y me dijo, fíjese que yo por irme a estudiar me endeudé con el Icetex³ y estoy pagando esa deuda. Pero qué tal donde me quede, primero ¿a qué hora consigo trabajo y segundo, dónde apporto más, dónde está la comida de la familia? (...) Vea ahora a mi hermano, trabajando con el Cabildo, involucrado en el tema social, liderando procesos, ayudando al taita Camilo a estructurar (B4).

Sin embargo, el proceso también reconoce que no todos están involucrados en el mismo nivel y que, si bien, desde el enfoque de género y relevo generacional se han tenido importantes conquistas, es imprescindible tener claras algunas amenazas ante las permanentes presiones experimentadas por los campesinos y campesinas de esta región del país.

En algunas reservas, una de estas amenazas es el distanciamiento entre los abuelos y las nuevas generaciones, quienes no se identifican con en el proyecto de conservación y de retorno al territorio. Este distanciamiento generaría que actualmente algunas de las reservas estén en responsabilidad total de los abuelos, quienes actualmente cuentan con 65 -80 años.

“Antes era yo quien trabajaba en la huerta, pero de lo que empecé ya debilitar mi salud, mis fuerzas a irse agotando, entonces retomó Edmundo” (A1).

³ Instituto Colombiano de Créditos Educativos y en el exterior.

Lo anterior no solo recarga el trabajo de los abuelos y abuelas, sino que compromete la sostenibilidad de Asoyarcocha. Ante esto, la ADC afirma:

el mensaje localmente en Asoyarcocha de que es necesario seguir trabajando la ampliación de nuevas reservas, de nuevas familias, de nuevas organizaciones que se formen, que construyan nuevas reservas porque lo que ya está, ya está hecho. Ya se ha avanzado en el proceso, ya se ha cambiado un poco la forma de pensar, la relación que hay con el entorno, ya están interiorizados temas de inclusión de género, de resistencia y participación ciudadana, ahora consideramos que es necesario crecer geográficamente en el marco de un proceso donde no se está improvisando, sino que estamos listos para replicar todo este proceso con otras familias, ese también es un espacio de renovación. El reto es seguir con el proceso e involucrar a nuevos actores de la zona (C1).

De esta manera, una iniciativa con un importante componente de transformación de los roles de género, ha puesto en escena un modelo participativo donde hombres y mujeres tienen espacio, y donde las nuevas generaciones tienen la oportunidad de moldear sus destinos de acuerdo con sus creencias, necesidades y convicciones.

“En el ámbito comunitario, las relaciones de género, al interactuar con otras jerarquías sociales, generan relaciones de cooperación o de conflicto, las cuales se sitúan en estructuras de negociación” (Agarwal, 1997).

En el contexto rural colombiano, lo anterior representa un importante espacio de análisis dadas las permanentes tensiones que los campesinos deben enfrentar continuamente para satisfacer sus necesidades en un marco desarrollista basado en la economía de mercados.

Con TLC viene todo el problema de desestabilizar el campo desde las políticas públicas. Lo han venido trabajando con ese decreto de las semillas. Ahorita están pensando en lo de bancarización, a todo el mundo ponerlo al servicio de los bancos. Si usted vende leche, le tienen que pagar a su cuenta y como a usted le toca comprar insumos, pues los tiene que consignar y si usted no se mete en ese sistema pues entonces no accede a nada. Entonces siempre creo que hacia afuera no hay soluciones, las cosas están es adentro, y en ese sentido me he dado cuenta que es necesario y fundamental que se haga énfasis en el campo (B3).

En este sentido, la experiencia de Asoyarcocha arroja elementos interesantes para la generación de conocimiento en torno a movimientos sociales campesinos que logran su supervivencia a pesar de las tensiones económicas, sociales, políticas y ambientales existentes.

Es indispensable zanjar la creciente atomización de los movimientos sociales, para dar espacio y que logren articularse en propuestas que respondan a una lógica de

Red, mediante mecanismos que concilien la participación a partir de la heterogeneidad, y de formas más activas de responsabilidad y representatividad (Max Neef, 1993: 29).

CONCLUSIONES

El modelo hegemónico neoliberal como eje de desarrollo de Colombia ha generado profundas desigualdades y ha fracturado la relación que las comunidades establecen tradicionalmente con la naturaleza. De esta manera, se presenta un conflicto socioambiental entre la lógica dominante que concibe la naturaleza como un recurso, y la visión de una comunidad que se considera parte de la laguna, del bosque y de sus entornos.

El impacto de estas lógicas ligadas al desarrollo económico se manifiesta en la degradación de las relaciones familiares y en la fragmentación y degradación de la naturaleza. Situaciones que se constituyeron en el motor para el surgimiento de una iniciativa organizativa, que liderada por las mujeres, busca el restablecimiento de una relación integral de la comunidad con su espacio de vida.

La coexistencia de esta alternativa local con el modelo moderno permanente, lejos de suprimir el conflicto, lo hace vigente y se constituye en un desafío para la constante reflexión sobre la interacción dinámica entre las realidades locales y transformaciones derivadas de las lógicas del capital global y sus flujos internacionales, cuyos efectos son impredecibles.

Así lo demuestran las primeras consecuencias de la firma del TLC con Estados Unidos, el cual incluye medidas como la restricción al uso y posesión de semillas naturales por parte de los campesinos (Resolución 907 del Instituto Colombiano Agropecuario ICA). Dando potestad a las autoridades para decomisar producción y abrir antecedentes a quienes vayan en contra de esta medida.

Es así como se pone en escena una nueva manifestación de un conflicto estructural que desafía el modelo planteado por Asoyarcocha, representado en este caso por un debate que atraviesa uno de sus ejes rectores: la soberanía alimentaria.

Por lo anterior se abren interrogantes sobre las estrategias necesarias para que Asoyarcocha mantenga su capacidad de resistencia ante el imparable predominio del desarrollo basado en la acumulación del capital; pues en el

horizonte se vislumbran megaproyectos de infraestructura ligados a la iniciativa IIRSA (Iniciativa para la Interconexión de la Infraestructura Regional Suramérica), a la explotación en gran escala de truchas y del turismo, al monocultivo de papa, y entre otros.

Frente a ello, es necesario reflexionar la forma como la organización involucra a las nueva generaciones en una proyección, cuyo pronóstico mantiene o profundiza las desigualdades en torno al acceso de oportunidades productivas, a la tierra, el evidente el conflicto armado, las pocas oportunidades de participación para el campesinado y el posible surgimiento de una brecha generacional entre los fundadores de Asoyarcocha y sus nietos.

La Red de Reservas Campesinas de la laguna de La Cocha representa un ejercicio organizativo local que apostó por la recuperación de tradiciones como la Minga, la reestructuración de la escala de valores por encima del esquema productivo y la revalidación de formas de bienestar basadas en la solidaridad, en la satisfacción de necesidades básicas y en la concepción del entorno como parte fundamental de la realización del ser humano.

Desde la óptica de la economía ecológica, esta experiencia representa una alternativa donde la relación con la naturaleza no se basa en su dominio, sino en el reconocimiento y valoración de la misma, lo cual se da desde múltiples dimensiones y criterios que no siempre tienen una significación en términos crematísticos; sino que abordan esferas enmarcadas en lo simbólico, cuyo valor no puede estimarse con cifras (Jackson, 2011).

Por otra parte, conforme a lo estipulado por la propuesta del Desarrollo a Escala Humana, la crisis civilizatoria existente debido, entre otros, a la monetarización de la naturaleza, se puede enfrentar, y de hecho ya se hace, mediante

En dicha apuesta de más de 30 años de camino, la pobreza es redimensionada, a partir de una revisión de satisfactores y necesidades, lo cual se constituyó en la alternativa por medio de la cual rompieron el esquema de venta de mano de obra, de su medio ambiente, y de su salud para poder hacer parte de las formas organizativas establecidas por el comercio y la política exterior.

El restablecimiento de lo inconmensurable como medida donde cabe el entorno natural, que en este caso, es el lago altoandino mejor conservado de la región, ha significado una lucha que se vive desde el cotidiano de los campesinos y sus familias, una lucha que lejos de emular las desigualdades que oculta la predominancia del sistema productivo basado en la acumulación, establecen y evidencian una relación con la naturaleza que va mucho más allá de la crematística (Jackson, 2011).

La laguna de La Cocha y la iniciativa de los campesinos de la Red de Reservas, constituyen un territorio y espacio, donde a partir de un proceso socioambiental, se da forma a una relación con la que cerca de 57 familias asumen la naturaleza, el ejercicio del poder y su necesidad de trascendencia.

En dicho territorio, el modelo de Desarrollo a Escala Humana constituye, desde hace tres décadas, la base epistemológica para la conceptualización de dicha experiencia. Por ende su discurso, de alguna manera moldea el bagaje intergeneracional con el que estas reservas conectan desde el presente, con su pasado (de más de 30 años) y su futuro (relevo generacional).

Dicho bagaje constituye a su vez, una diversidad de memorias que hace fundamental la constante reflexión académica sobre su importancia, con el ánimo de aportar a la construcción de conocimiento frente al universo de significación con el que establecen relación con la vida, la naturaleza y las diversas formas como satisfacen sus necesidades humanas en el ejercicio de habitar un ecosistema finito, un Planeta finito.

Desde el punto de vista local, esta organización es un ejemplo sobre cómo la tendencia global toma forma en el territorio comunitario, generando consecuencias directas en el bienestar de los campesinos, en su autonomía y soberanía alimentaria, conceptos que al parecer difieren sustancialmente de las visiones oficialistas que toman y ejecutan las decisiones.

Esta tendencia nacional ha impuesto a los campesinos y al sector agrario dos opciones, por un lado adaptarse al modelo imperante y transformar su lógica productiva hacia un modelo más industrial dependiente de agroquímicos y con un rango de autonomía bastante limitado; por otro lado, generar modelos alternativos al desarrollo y conformar organizaciones campesinas donde se agencia la recuperación de saberes

ancestrales, los bancos genéticos y dinámicas colaborativas como la minga para la producción a pequeña escala con miras a satisfacer sus necesidades sin tanta dependencia de los mercados.

Esta alternativa parte de las realidades locales, que afectadas por las fuerzas globales, asumen estrategias de resistencia con el respaldo de diversas redes sociales, para posicionar una alternativa que evidentemente se constituye como una opción y un estilo de vida basado en paradigmas como la agroecología, que gana terreno y se posiciona tanto desde los saberes tradicionales como desde los enfoques científicos.

Del lado de la lucha por la recuperación de los saberes tradicionales, los campesinos se integran en movimientos sociales locales y globales, que como la Vía Campesina “defienden la agricultura sostenible a pequeña escala como un modo de promover la justicia social y la dignidad. Se opone firmemente a los agronegocios y las multinacionales que están destruyendo los pueblos y la naturaleza” (Vía Campesina, 2013).

Las mujeres y los hombres de Asoyarcocha desde 1980 hasta hoy han sido protagonistas de un proceso de cambio socioambiental que presenta dos rupturas generacionales transformadoras para la relación que esta comunidad establece con su entorno, es decir con la laguna.

Por un lado, la primera generación de campesinas y campesinos fundadores, quienes tras crecer bajo el modelo extractivo, que se vio directamente moldeado y complementado por las políticas públicas economicistas, concibieron la naturaleza como fuente inagotable de recursos. Sin embargo, la realidad manifestó serias contradicciones pues ni los recursos eran inagotables ni su extracción generaba beneficios económicos para mantener la calidad de vida de las familias.

La adopción de dichas formas productivas de acuerdo a los modelos globales en el ámbito local generó que los padres de familia, algunos hijos mayores y hermanos, salieran a trabajar por fuera de los hogares; haciendo que sus cotidianidades se desarrollaran en escenarios lejanos a la familia y al diario vivir en las fincas.

De esta forma, el espacio vacío dejado por los hombres incrementó el rol de la mujer en la toma de decisiones domésticas y la hizo ocuparse personalmente de todas

las labores que el mantenimiento de la finca exigía, incluidos algunos aspectos económicos, la formación de los hijos, la participación en la organización, el establecimiento de nuevas relaciones vecinales, la formación organizativa, entre otros.

Lo anterior generó adaptaciones fuertes y circunstancia que afectivamente representaron retos; tal es el caso del espacio que quedó abierto para que la crianza de los hijos en buena medida estuviera en plena potestad de las mujeres, lo cual brindó la posibilidad de una nueva mirada a las tradiciones y un replanteamiento de valores en cuanto a los roles que hombres y mujeres juegan en la vida cotidiana de las familias campesinas de la región.

La posibilidad de ver a unas madres activas, que asumían todo tipo de tareas, desde preparar los alimentos, manejar las lanchas, negociar y llevar las cuentas, mantener los animales, las huertas, participar del proceso comunitario, entre otras, permitió que los hijos participaran y asumieran responsabilidades de apoyo y acompañamiento con ellas.

De esta manera, tanto hijos como hijas en proceso de formación, debían en determinado momento cocinar, o manejar los motores, o atender las visitas que empezaron a llegar a las reservas, entre otros. Paralelo, con el surgimiento del Programa Herederos del Planeta, estos niños y niñas tuvieron la oportunidad de realizar permanentes reflexiones sobre el trabajo en equipo, la minga de pensamiento, y el reconocimiento de su realidad local, lo que les dio un espacio de acción y reflexión en torno a su realidad y a la forma cómo ellos mismos le dan forma.

Así las familias campesinas que se levantaron bajo el esquema de explotación del bosque, al organizarse, abren un escenario en el que sus hijos resignifican la relación hombre – mujer – naturaleza, y apuestan por la cualificación de un modelo de vida que retorna a prácticas ancestrales de aprovechamiento a niveles domésticos y al reconocimiento de la laguna como un entorno vivo del que hacen parte y que les provee los caminos para la satisfacción de sus necesidades básicas de manera equitativa.

Como parte de esta transformación surgen líderes y lideresas que en el momento en el que el proceso toma la decisión de convertirse en Reservas Campesinas de la Sociedad Civil, son quienes deben asumir las responsabilidades tanto técnicas como simbólicas de esta transformación, que al final, representa el cambio de una generación

que retorna a la tierra y que entrega a su siguiente generación, el reto de llevar dicha relación a un nivel más profundo y transformador.

Cuando los jóvenes Herederos de Planeta asumen la decisión de la declaración ya han pasado 10 años de proceso y han tenido un proceso formativo que les genera un reconocimiento de los valores locales y tradicionales de la comunidad. Han experimentado en su propia vida los beneficios de un manejo sostenible de la tierra, una mejora en la calidad de la alimentación e incluso ciertos grados de autonomía y bienestar.

Avanzar hacia la puesta en marcha del proyecto de la Red de Reservas implicó una mirada más comprometida con la concepción de la laguna como espacio de vida, pero también implicó la puesta en práctica de roles y responsabilidades que más allá de corresponder a hombres o mujeres, respondían al ejercicio de responsabilidades humanas en torno a un proyecto familiar y colectivo en el que todos tenían parte.

Surgen jóvenes campesinos que asumen las actividades propias de la reproducción de la vida doméstica en el hogar: lavar, barrer, limpiar, cocinar, atender a los niños más pequeños, llevar las cuentas de la casa, atender las visitas, asistir a espacios de formación, ser parte de las organizaciones comunitarias, etc.

Ese replanteamiento de los valores para un funcionamiento colectivo del proyecto representa un reordenamiento de la visión del papel que tanto hombres como mujeres cumplen en la búsqueda de la satisfacción de las necesidades, el mantenimiento de la familia y la conservación de su entorno natural.

Es el papel activo de los fundadores, principalmente de las madres, el que permite que los hijos e hijas de estos campesinos crezcan bajo una nueva estructura y con visiones más equitativas. Es así como incluso, la relación hermana y hermano se transformó de una generación a otra.

Si bien en la infancia y juventud de los fundadores, las mujeres debían atender y servir a sus hermanos hombres, quienes eran tratados con preferencia por las madres (comían más, les lavaban la ropa, el plato, no tenían que realizar labores domésticas). Sus hijos no repiten este esquema y funcionan bajo la dinámica de participación incluyente en todas las labores de la casa.

Así los hombres de la segunda generación son hombres adaptados para atender sus propias necesidades de alimentación y mantenimiento; de igual manera, las mujeres asumen responsabilidades de fuerza, de liderazgo de la iniciativa, de atención a las visitas y de toma de decisiones en torno al proceso organizativo.

Los jóvenes de la segunda generación replantean la tradición del hombre como sujeto de atenciones por parte de las mujeres de la casa; y asumen sus capacidades para ser parte de la reproducción del hogar en condiciones equitativas. Ellos reconocen la capacidad de liderazgo de las mujeres, respetan los espacios ganados y conquistan espacios en la esfera doméstica, dando impulso al proyecto de vida desde el un replanteamiento de sus roles dentro de una dinámica colectiva.

En algunos casos estos jóvenes han hecho una ruptura tan grande con el modelo tradicional que a pesar de salir a la ciudad de Pasto y realizar estudios universitarios, toman la decisión de no titularse y regresar con un bagaje de información y experiencias y asumir la reserva como el proyecto de sus vidas; aportando nuevas visiones y un gran compromiso en el proceso organizativo. Otros Herederos han terminado sus estudios superiores y regresaron al territorio para aplicar sus conocimientos en el proyecto familiar y colectivo de la Asociación.

Hoy, estos hombres y mujeres convertidos en padres y madres educan a los nietos de los fundadores bajo una experiencia de vida, que a su vez configura su imaginario, por lo tanto, su relación con el entorno es más natural ya que han crecido bajo valores de vida tales como: autonomía alimentaria, trabajo en la tierra, dinámica familiar de equipo y participación equitativa y responsable en las actividades propias del mantenimiento de la reserva. Esto niños ahora asumen un reto diferente, pues el proceso los lleva a escenarios de participación más activos como los Cabildos Indígenas, las Juntas de Acción Comunal, la misma Asoyarcocha y otros actores con competencia en lo local.

Algunos de los hijos mayores de los Herederos del Planeta (entre 10 y 14 años). deciden salir a estudiar a la ciudad de Pasto, pero de acuerdo a ADC, la tasa de retorno a la laguna es alta. Tal como sucedió con sus padres, que al terminar el bachillerato, buscaron una carrera relacionada con educación popular, biología de la conservación, turismo rural, etc. Y volvieron a liderar desde nuevas perspectivas la Reserva de sus

familias. Esto renueva los aires de Asoyarcocha y permite el establecimiento de nuevas alianzas y miradas sobre el territorio.

De esta forma, el contraste de las rupturas familiares propias de las lógicas económicas de los años 80 en relación con la experiencia de sus hijos en los 90, abrió un importantes espacio para que las familias experimenten un nuevo modelo de relación con sus hijos, y este nuevo modelo de relación a su vez, replanteó los roles de género tradicionales y representó un espacio para su resignificación y puesta en marcha.

El machismo, como ellos mismo lo mencionan, ya no se manifiesta de las mismas formas. Ya el padre no es el dueño de las decisiones, de la tierra ni del proyecto de vida de las familias. Ahora las familias conviven bajo un esquema colectivo donde todos participan, tienen responsabilidades y aportan a su construcción. Desde los ancianos, a quienes se les reconoce por su experiencia y sabiduría, hasta los niños, quienes participan de todas las actividades como parte de su formación.

Hoy los nietos de los fundadores también hacen parte del Programa Herederos del Planeta y cuentan con una Reserva Propia (llamada Herederos) donde realizan actividades de formación, mantenimiento, atienden visitas y realizan intercambios con otras experiencias del departamento.

En este sentido, se puede decir que las particularidades de la experiencia de género se manifiesta de manera diferente entre una generación y otra, pues si bien la primera generación crece sobre marcadas diferencias en el ejercicio de poder de unos y otras; en la segunda generación, estas diferencias responden más al ejercicio de responsabilidades en torno a un proyecto familiar y colectivo donde las diferencias de género representan más espacios de convivencia que de diferencia.

Por ello, las mujeres de la primera generación son sujetos de transformación dentro y fuera de sus hogares. Lo cual convierte a sus hijos e hijas en herederos y herederas de una visión donde lo fundamental es la satisfacción de las necesidades, la conservación de la laguna y la participación activa de los campesinos en torno a sus decisiones de uso y manejo del territorio.

Así, las raíces materiales e ideológicas de las relaciones entre hombres y mujeres de Asoyarcocha están atravesadas por la concepción de la laguna como un ecosistema,

un conjunto, un todo del que cada familia y la comunidad es parte, y donde la diferencia de género se refleja en los intereses sociales por la misma, de tal manera que se reconocen como sujetos ambientales que reproducen la vida bajo sistemas simbólicos que resignifican permanentemente mediante el relevo generacional.

Sin embargo los retos para las nuevas generaciones de Asoyarcocha no son menores. Actualmente los fundadores tienen un papel activo en el mantenimiento de la organización y también en el funcionamiento cotidiano de las reservas. No obstante, su capacidad física se ha menguado por el paso del tiempo y es difícil asumir algunas actividades fuertes exigidas por las actividades propias del día a día de sus predios.

Además, la mayoría de los hijos ya se han ido a conformar sus propias familias o están estudiando en la ciudad de Pasto, lo que exige el trabajo diario de los abuelos. El trabajo es pesado y en algunos casos los dos abuelos no son suficientes para toda la demanda de la Reserva.

El riesgo de sobrecargar a los abuelos con el trabajo está presente. Es un riesgo que también representa la disminución de posibilidades de participación de toda la familia en los asuntos de la Reserva y en su capacidad para recibir visitas, lo que representa una fuente importante de ingresos.

Por ello, frente al logro de esa ruptura tradicional de los roles de género obtenido entre la primera y la segunda generación, se hace evidente la necesidad de una nueva estrategia de apoyo que permita que los abuelos ser menos indispensables en las labores de reproducción de las reservas y más visibles en los roles organizativos. Es decir, que para el sostenimiento en el tiempo de la iniciativa, no sólo es necesario esa nueva concepción de los roles de género, sino también del relevo generacional activo, pues de lo contrario es muy difícil mantener la cohesión de las familias de Asoyarcocha.

Para lo anterior se plantea un estudio etnográfico detallado de la situación de las familias que hoy hacen parte de la organización, un censo de la población de la tercera edad, un sondeo investigativo sobre la tasa real de retorno de los nietos al territorio, y con base a dicho estudio la estructuración de una propuesta participativa donde se integren las tres generaciones a favor de la sostenibilidad de la organización, de cara a los nuevos retos de la globalización.

Finalmente en el campo de género valdría la pena profundizar en las nuevas masculinidades que han surgido al seno de este proceso. Masculinidades transversadas por una visión rural poco estudiada y que, a la luz de esta experiencia, ofrecería marcos de conocimiento para el desarrollo de análisis que nutrirán a Asoyarcocha desde miradas múltiples y en constante transformación.

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, Alberto (2012). “De las Alternativas del Desarrollo a las Alternativas al Desarrollo”. En *Construyendo el Buen Vivir*, Guillén, Alejandro y Mauricio Phélan (comps) 33-48. Cuenca, PYDLOS Ediciones.
- ADC (s/f). *Informe de Estudio de Caso: evaluación de impactos de proyectos en la laguna de La Cocha, Humedal de Importancia Internacional*. Pasto. ADC. Disponible en www.adc.org.co/publicaciones visitada el 04 de marzo de 2014.
- Altieri, Miguel A. y Víctor Manuel Toledo (2011), “La revolución agroecológica de América Latina: rescatar la naturaleza, asegurar la soberanía alimentaria y empoderar al campesino”, versión en español del artículo *The agroecological revolution in Latin America: rescuing nature, ensuring food sovereignty and empowering peasants*. California. The Journal of Peasant Studies.
- Asociación para el Desarrollo Campesino (s/f). www.ade.org.co visitada el 04 de marzo de 2014.
- Bebbington, Antony (2009). *Actores y ambientalismos: conflictos socioambientales en Perú*. Lima. Centro Peruano de Estudios Sociales.
- Bedoya, Eduardo y Soledad Martínez (s/f). “La Ecología política y la crítica al desarrollo”. En *Libro de Antropología y desarrollo*. Barcelona: Editorial Pardos.
- Bedoya G, Bedoya S y P. Belser (s/f). “El peonaje por deudas en la tala ilegal de madera en la amazonía peruana”. Perú. Oficina Internacional del Trabajo.
- Braidotti, Rosi (2004). “Mujeres, medio ambiente y desarrollo sustentable. Surgimiento del tema y diversas aproximaciones”. En *Miradas al futuro. Hacia la construcción de sociedades sustentables con equidad de género*. México. Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo.
- Convención Ramsar (s/f). www.ramsar.org visitada el 14 de julio de 2014.
- Duque, Octavio (1998). “Las Organizaciones Campesinas de la ADC”. Disponible en http://adc.org.co/index.php?option=com_rokdownloads&view=file&Itemid=193&id=15:las-organizaciones-campesinas-de-la-adc-en-narino, visitado en Marzo 5 de 2014.

- Elizalde, Antonio (2000). "Desarrollo a Escala Humana, conceptos y experiencias". *Revista Internacional de Desarrollo Social No. 1*. Septiembre de 2000.
- Escobar, Arturo (1994). "El Desarrollo Sostenible, diálogo de discurso". *Revista Foro No. 23*. Abril de 1994.
- Escobar, Arturo (2007). *La invención del tercer mundo*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Escobar, Arturo (2010). *Territorios de diferencia: lugar, movimientos, vidas, redes*. Popayán. Enviñ editores.
- Fernand, Braudel (1984). *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV-XVIII*. Tomo III El tiempo del Mundo. Madrid: Alianza Editorial.
- Gudynas, Eduardo (2011). "Debates sobre el desarrollo y sus alternativas en América latina: una breve guía heterodoxa". En *Más allá del Desarrollo*, Miriam Lang y Dunia Mokrani (Comp.) 21-54. Quito: Editorial E Conejo.
- Jackson Tim (2011). *Prosperidad sin crecimiento. Economía para un planeta finito*. Barcelona: Icaria Editorial.
- Lama, Sissy (2009). "Género, cultura y ambiente". Tesis de Maestría en Estudios Socioambientales. Ecuador: Flacso.
- Leff, Enrique (2003). "Ecología política: campo teórico práctico en construcción. Nuevo territorio de pensamiento crítico y de acción política". En *Revista Polis Unibolivariana*. Panamá: Clacso.
- Long, Norman (1996). *Globalización y localización: nuevos retos para la investigación rural*. México: La Sociedad Rural Mexicana Frente al Nuevo Milenio.
- Maier, Elizabeth (2003). "Construyendo la relación entre la mujer y el medio ambiente: una exploración conceptual". En *Género y Medio Ambiente*. México. Plaza y Valdés S.A.
- Martínez, Alier y Roca, Jordi (2000). *Economía ecológica y política ambiental*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Max-Neef, Manfred (1986). *La Economía descalza*. Montevideo: Editorial Nordan.

- Max-Neef, Manfred (1993). *Desarrollo a Escala Humana*. Uruguay: Redes Amigos de La Tierra.
- Mies, María (2004). “La necesidad de una nueva visión: la perspectiva de la subsistencia”. En *Miradas al futuro, hacia la construcción de sociedades sustentables con equidad de género*. México: Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.
- Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible (MADS, 2002). Disponible en: www.minambiente.gov.co visitada el 15 de julio de 2013.
- Molano, Alfredo (2013). “*Dignidad campesina: entre la realidad y la esperanza*”. Colombia. Ícono editorial Ltda.
- Narvárez, Guillermo (2006). “Elementos para la historia económica del departamento de Nariño”. *Revista de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas*. Pasto: Universidad de Nariño Vol. VII. No.2.
- Orellana, René (1999). “*Aproximaciones a un marco teórico para la comprensión y el manejo de los conflictos socioambientales*”. Comp Ortíz, Pablo, en *Comunidades y conflictos socioambientales: desafíos en América Latina*. Perú: Ediciones UPS.
- Ortiz, Ana Silvia (1999). “Relación mujeres–naturaleza, distintas conceptualizaciones”. En *Género y desarrollo sostenible: un nuevo paradigma. Experiencias en Latinoamérica y el Caribe*. Quito: Abya Yala.
- Parques Nacionales Naturales de Colombia (s/f). www.parquesnacionales.gov.co visitada el 10 de febrero de 2014.
- Paulson, Susan (2007). “Avances y desafíos conceptuales en el campo de género y medio ambiente”. En *Tejiendo redes entre género y ambiente*. Quito: Corporación Grupo Randi, Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán y Abya Yala.
- Poats, Susan (1999). “Análisis de género y el manejo de páramo: explorando las necesidades y potencialidades”. En *Género y Páramo*. Serie Páramo 2. Quito. GTP/ Abya Yala.
- Porto Goncalves y Carlos Walter (2001). *Geo-Grafías: Movimiento Sociales, Nuevas Territorialidades y Sustentabilidad*. México: Siglo XXI Editores.

- Prebisch, Raúl (1980). "The dynamics of peripheral capitalism". In *Lefebvre L & North L (edit), Democracy and development in Latin America*. Toronto: CERLAC-LARU.
- Revelo, Vicente (2007). *Disoñar en colectivo, una opción para la seguridad y la soberanía alimentaria de los pueblos*. Pasto: Asociación para el Desarrollo Campesino.
- Schmink, Marianne (1999). *Género, participación comunitaria y manejo de recursos naturales*. Gainesville. Managing Ecosystems and Resources with Gender Emphasis.
- Scott, Joan W (1990). *El género: una categoría útil para el análisis histórico. En Géneros: conceptos básicos*. Perú: Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Schutter, Olivier (2013). *The agrarian transition and the 'feminization' of agriculture. Food Sovereignty: A Critical Dialogue*. International Conference Yale University September 14-15, 2013. Conference Paper #37.
- Tarazona, Ariel (2010): "Lo Cultural y lo Político del Movimiento Ambientalista Colombiano a partir de 1990". Tesis de Maestría. Bogotá. Universidad Nacional de Colombia.
- Universidad del Rosario (s/f). ¿Quiénes son los campesinos colombianos? Disponible en <http://www.urosario.edu.co/campesinos-colombianos.aspx> visitada el 12 de diciembre de 2013.
- Wallerstein, Immanuel (1995). *Después del Liberalismo*. México: Editorial Siglo XXI.
- WWF (2006). *Los humedales altoandinos, ecosistemas estratégicos y frágiles*. Cali. WWF. Disponible en www.wwf.org.co/publicaciones visitada el 5 de marzo de 2014.

ANEXOS

Códigos de entrevistas

Tabla 2 Códigos de entrevistas

GENERACION	NOMBRE DEL ENTREVISTADO/A	FECHA	CODIGO
FUNDADORES ASOYARCOCHA	Concepción Matabanchoy	Mayo de 2014	A1
	Edmundo Castro	Mayo de 2014	A2
	Roberto Jojoa	Mayo de 2014	B1
	Esperanza Salazar	Mayo de 2014	B2
HIJOS DE FUNDADORES	Patricia Jojoa Salazar	Mayo de 2014	B3
	Gloria Jojoa Salazar	Mayo de 2014	B4
INSTITUCIONES	José Vicente Revelo, director ADC	Mayo de 2014	C1